

FACT.- 67998
PVAMW
21-Oct-08
P.-165

LA CONSTITUCIÓN DE ACTORES SOCIALES Y LA POLÍTICA

SILVIA BOLOS



nos de estos saberes, confrontar los adquiridos, romper con supuestos y verdades establecidas, fueron algunos de nuestros objetivos.

La información así recopilada, más que de comprobación de los presupuestos teóricos sirvió para refutarlos y reorientó la investigación hacia la búsqueda de herramientas teóricas provenientes de otras disciplinas como la antropología, la psicología, la fenomenología, la historia.

Una última etapa consistió en la elaboración de un modelo de análisis para la acción colectiva desarrollado en el capítulo IV del presente trabajo. Dicho modelo contiene aquellos aspectos teóricos y metodológicos que se consideraron insuficientemente tratados y, en algunos casos, ignorados en las teorías de los movimientos sociales, las de la acción colectiva y de la movilización de recursos. Nos referimos a temas tales como identidad, motivaciones para la acción, redes sociales, las relaciones en el interior de las organizaciones, los proyectos que orientan sus acciones, las alianzas y las escisiones y rupturas que sufren.

Aunque el término *modelo* da la idea de un cuerpo teórico y metodológico acabado y cerrado, nada está más lejos de mi intención. Después de seis años de investigación sobre los movimientos de la sociedad en el ámbito urbano, creo que estos aspectos deben ser incorporados al estudio de la acción colectiva. Sin embargo, seguramente no son los únicos. Queda en manos de otros analistas e investigadores el ir incorporando categorías analíticas que permitan ajustar, refutar o completar las que he propuesto en este trabajo.

CAPÍTULO I

Las confrontaciones teóricas

La idea general que subyace a toda la discusión alrededor de los temas de participación, organización y movilización, son los procesos mediante los cuales los grupos sociales se constituyen; las formas organizativas que asumen —desde las más informales hasta las de mayor complejidad— tienen una relación directa con esos procesos y son su expresión institucionalizada. Una propuesta teórica que dé cuenta de los procesos y de sus expresiones deberá vincular pues, las teorías de los movimientos sociales, las de la acción colectiva y la de la movilización de recursos, todas ellas en sus diferentes vertientes. En este capítulo se presentan los aspectos relevantes de las mismas en términos del presente trabajo.

Una cuestión inicial es que en esta investigación la reflexión se orienta hacia grupos sociales organizados que comparten dos características: por un lado, están y se sienten excluidos de la distribución de los recursos económicos, políticos y sociales y, por el otro, se plantean acciones y formas organizativas autónomas, es decir, son capaces de organizarse, realizar acciones y propuestas independientes de los ámbitos que el Estado crea para esos fines. Esto significa que, en términos de este estudio, no se tomarán en cuenta aquellos sectores directamente participantes en las diferen-

tes políticas del Estado porque —a pesar de que forman parte de un amplio sector igualmente carente de recursos necesarios para su subsistencia— no se plantean organizarse en forma independiente y demandarle a las instancias de gobierno desde una posición de autonomía, sino que intentan, en primer lugar, la integración.¹ Esto no implica que no sean grupos necesitados, sino que por sus creencias, por su ideología o finalmente, por sus acuerdos —implícitos o explícitos— con el poder, no logran consolidar una identidad que les permita distinguir entre “nosotros” (los que no tienen un recurso) y “ellos” (los que deciden sobre el mismo). Está presente en ellos, ante todo, la creencia de que el Estado (y sus instituciones) tiene una mayor capacidad para gestionar y resolver que la propia organización.

El problema teórico de la exclusión se encuentra íntimamente ligado al de necesidad y su tratamiento implica —por lo menos— dos niveles: el de la definición teórica y el de la percepción desde los propios actores sociales. Este tema será ampliamente desarrollado en el capítulo IV.

Las organizaciones que son el objeto de estudio de esta investigación² se constituyeron cuestionando y oponiéndose a un determinado sistema, planteándose a la vez, iniciativas y propuestas autónomas. El presente trabajo se dirige hacia ellos porque hasta ahora no han sido integrados; se pretende encontrar, entre otros

¹ Aunque, como dice Jordi Borja, “...todo movimiento reivindicativo tiene una dimensión reformista, incluso integradora. Pero al mismo tiempo, todo movimiento reivindicativo que plantee la satisfacción de necesidades locales y que organice a amplios sectores de la población, se opone a la lógica del desarrollo urbano capitalista que comporta una creciente y desigual insatisfacción de las necesidades colectivas y una progresiva dependencia y debilidad de las instituciones representativas locales.” “Movimientos urbanos y cambio político”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, número 4 de 1981, ISUNAM, p. 1349.

² Tal como se mencionó en la introducción, nos referimos a la Asamblea de Barrios, la Unión de Colonias Populares y la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata.

elementos, cuáles son las modalidades, las formas regulares de organización para estudiar qué impide la integración y la cooptación por parte del Estado y sus instituciones.

Asimismo, haremos énfasis en un aspecto del problema que es central en la cuestión de la conformación de actores colectivos organizados: las valoraciones positivas que se reconocen dentro de un grupo que permiten las diferenciaciones y, en algunos casos, el establecimiento de jerarquías —y liderazgos— en el interior del mismo. Este último aspecto permite recuperar algunos elementos que constituyen un valor para un actor colectivo (vocación de servicio, solidaridad con los otros, relaciones personales, capacidades particulares, honestidad, etc.) y estudiar cómo esas valoraciones contribuyen a consolidarlo, cohesionarlo o a desintegrarlo y desmembrarlo. Las valoraciones tienen en su proceso de formación, un conjunto de imágenes que forman parte de aquello “en lo que la gente cree” en un momento determinado y que es el resultado (y el motor) de procesos sociales. Estas creencias nos guiarán para pensar, por ejemplo, cuándo alguien siente que tiene derecho a exigir un recurso y en qué se fundamenta para considerarlo como “justo”, cuándo se reconoce una autoridad como legítima (racional)³ y, por lo tanto, se aceptan sus propuestas, además de conocer cuáles son los motivos que impulsan a la acción.

Las teorías de los movimientos sociales

La reflexión sobre los llamados “nuevos movimientos sociales” reconoce aportes importantes desde varios enfoques y autores. Nos

³ “La autoridad racional es una forma de promover los propósitos individuales o colectivos, asegurando a ciertas personas el derecho, y en algunos casos incluso la obligación, de ejecutar ciertas tareas específicas y de dar órdenes a otras personas en el curso de su cumplimiento. Para que tal autoridad sea racional, deben serlo también los fines individuales y colectivos.” (Barrington Moore: *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, ISUNAM, 1989, p. 416.)

referiremos brevemente a algunos de éstos reconociendo —a nuestro juicio— sus principales aportaciones y, en algunos casos, a las corrientes con las cuales estas teorías discuten y a partir de las cuales se construye una concepción diferente de este ámbito específico de estudio de la sociedad.

La idea de acción social ha sido central en el análisis sociológico. Pese a esta centralidad —y de acuerdo con Alan Dawe— “la sociología carece de teorías de la acción social” pero posee un enorme cuerpo de “teorizaciones sobre la naturaleza de la acción social: su naturaleza, sus fuentes, sus consecuencias”.⁴ Esto da cuenta de una preocupación también central: la de la relación entre individuo y sociedad, que si bien está planteada como las dos caras de la misma moneda, la recurrencia del tema hace pensar que aún no se ha resuelto totalmente desde el punto de vista teórico o que, al menos, hay una tensión. El problema que plantea esta relación no es sólo teórico; también está vinculado con nuestra existencia, es decir, representa un problema central de la experiencia cotidiana en las sociedades modernas. Por un lado, no podemos dejar de reconocer las propias capacidades, aspiraciones, individualidad y, al mismo tiempo, se nos impone un sistema de dominación con las presiones que ejerce. Al mismo tiempo, hay un ejercicio por parte de los individuos que intentan resistir a esta dominación.

Casi siempre, nuestros actos de resistencia son privados, pequeños, subterráneos y ocupan sólo grietas semiocultas en el coloso institucional que domina la mayor parte de nuestra vida. Pero no siempre: de tiempo en tiempo son abiertos, públicos, manifiestos. De tiempo en tiempo se transforman en movimientos de protesta

⁴ Dawe Alan: “Las teorías de la acción social”, en Bottomore y Nisbet, *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988, p. 413.

de la más diversa índole. Todos ellos son sucesos históricos específicos con causas, contextos y fines históricos específicos.⁵

Son expresiones de una actividad humana signada por la creatividad, por una intencionalidad sobre un sistema institucional que trata de imponerse. Este conflicto se expresa en todos los ámbitos de la vida personal y social.

La sociología, nacida en la experiencia social humana, ha dado y da cuenta de esta confrontación. Baste referirse a los conceptos acuñados por Weber (pesadilla burocrática), por Marx (alienación), por Durkheim (anomia), que intentaron, en su momento, dar cuenta de esta relación de confrontación entre individuo y sistema como experiencia social. En el ámbito de la teoría podemos encontrar una confrontación semejante entre dos tipos de análisis: las sociologías del sistema social y las de la acción social.

Para las sociologías del sistema social, ubicadas en una perspectiva a la que podríamos llamar objetivista, la problemática central es la de la conservación del orden. Los actores son sujetos pasivos del sistema, determinados en sus conductas, en su naturaleza como seres sociales, en sus relaciones.

... son socializados según los valores centrales de la sociedad y las normas adecuadas para los roles que deben desempeñar en la división del trabajo, los roles que les otorgan tanto su identidad personal como su lugar y su propósito social en la satisfacción de las necesidades funcionales del sistema.⁶

Son seres manipulables organizados para el mantenimiento del sistema que se genera y conserva a sí mismo y que es anterior a sus integrantes. Por lo tanto, la acción social es producto y consecuencia del sistema. El mundo social aparece representado como la máquina, la burocracia, el sistema.

⁵ *Ibid.*, p. 415.

⁶ *Ibid.*, p. 417.

La sociología de la acción concibe al sistema como un derivado de la acción e interacción social; los individuos son seres activos que producen y transforman al sistema. Ubicada dentro de una tradición subjetivista, esta sociología concibe a los hombres como sujetos que otorgan sentido a sus acciones, creadores individuales y sociales que definen su vida, sus fines, sus situaciones y los medios por los cuales intentan conseguir sus metas, las acciones que emprenden y las relaciones sociales que establecen para alcanzar sus fines. Las funciones, las instituciones, el sistema social, son concebidos como producto emergente de su interacción social (*cf.*: Dawe).

A diferencia de los enfoques que enfatizan la perspectiva del sistema, en la sociología de la acción la sociedad aparece como el producto de una actividad intencional, de la capacidad humana de construir sentidos y actuar de acuerdo con éstos, como producto de la acción e interacción social de sus miembros. Algunas de las teorías de los movimientos sociales se inscriben en el ámbito de la sociología de la acción; con las diferencias entre los enfoques y los aportes de cada uno de los autores que se expondrán a continuación, todas ellas tienen un aspecto en común: la idea de que los actores se constituyen, actúan y hacen propuestas desde lo social.

a. Alain Touraine

Ubicado desde la perspectiva de la sociología de la acción, Touraine reconoce en la ciencia social clásica la dicotomía que separa al sistema de los actores y coloca al primero del lado de lo público, de la razón, del orden, mientras los segundos representan lo privado, los sentimientos, las pasiones y el desorden. El sistema es la estabilidad; los actores lo "cambiante y secundario."⁷

⁷ Touraine, Alain: "La voz y la mirada", *Revista Mexicana de Sociología*, oct-dic., 1979, México, IISUNAM.

La reflexión de Touraine aparece como central para el presente estudio. A partir de sus propuestas teóricas se comenzó a pensar de otra manera a la sociedad, a los actores y al conflicto social, inaugurando una sociología que integra actores en conflicto por las grandes orientaciones culturales de una sociedad. Debatido con las teorías clásicas, herederas del Iluminismo, Touraine plantea que éstas no han dado lugar al estudio de los actores otorgándole centralidad, en nombre de la modernidad, al análisis de los sistemas. Según este autor, toda separación analítica entre sistema y actor debe ser descartada porque los actores no pueden ser analizados solamente en función de los intereses que los motivan a la acción ni desde el ámbito de lo psicológico. Por otro lado, los sistemas deben dejar de ser interpretados en términos de principios o esencias, particularmente poniendo en cuestión el conjunto de valores universalistas que conlleva y que, hoy en día, están en retirada.

La crítica de la década de 1960 a la modernidad se expresó, muchas veces, en una exaltación del irracionalismo, de las culturas locales, de la diferencia, así como de la propagación de nuevos fenómenos religiosos, comunitarios, etc. En estos últimos años, el neoliberalismo toma nuevos ímpetus y se manifiesta en la libre empresa, en la política tecnocrática, en la autonomía del individuo. Así, el "*homo oeconomicus* se ve en pleno vigor, el *homo culturalis* goza de buena salud, pero el *homo sociologicus* está enfermo".⁸

Lo que identifica a las dos primeras posturas es la carencia en la concepción de las relaciones sociales.

Entre tanto, en medio de la crisis de la modernidad, aparecen nuevos conflictos, las relaciones de poder toman otros significados, prácticas e ideas alternativas tratan de constituir un nuevo

⁸ Touraine, Alain, *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987, p. 12.

tipo de sociedad. Las reflexiones de Touraine giran alrededor del concepto de sujeto pues hoy, en nuestras sociedades,

lo que orienta la acción colectiva como las pasiones individuales [es] la afirmación del derecho de cada individuo a crear y regir su propia individualidad [dentro del] predominio de un nuevo modelo cultural en el centro de lo que denomino un nuevo sistema de acción histórica, dominado por el tema del sujeto, por la construcción de la persona en una sociedad dominada por la producción masiva de bienes simbólicos, informaciones, imágenes y lenguajes que cuestionan la personalidad misma y se encuentran dirigidos por nuevos poderes.⁹

De esta forma, se abandona el análisis de la vida social que señalaba el tránsito de las comunidades a la sociedad mediante procesos de industrialización. En esta sociología, el orden es sustituido por el movimiento de actores (ciudadanos libres) que son portadores de la racionalidad y de valores universalistas orientados hacia el futuro. Según Touraine, Parsons representa el último intento de continuar la herencia del pensamiento clásico mediante la integración entre actores y sistemas, con conceptos como socialización, adquisición de roles e institución dentro de un sistema social fuertemente estable.

La rebelión contra esta forma de mirar lo social empezó con el enfrentamiento del actor contra el sistema, sus fines y sus medios, proponiendo formas alternativas de definirse a sí mismo tanto histórica como culturalmente. La década de 1960, caracterizada por el surgimiento de multiplicidad de movimientos sociales contra la dominación sistémica, marcó el punto más alto de la separación entre ambos polos y la crisis de la sociología clásica. "Por su lado el actor, al rechazar las reglas de la vida social, se

⁹ *Ibid.*, p. 13.

encerró cada vez más en la búsqueda de su identidad, sea con el aislamiento o en el seno de pequeños grupos de concientización y expresión."¹⁰

El descentramiento de la vida social y de la forma en que los actores la representan da lugar para pensar lo social desde la perspectiva del actor, sin caer en la tentación de arrancarlo de todo sistema social o de afirmar un "sistema sin actores". El proyecto de Alain Touraine es, pues, introducir las nociones de "historicidad, movimiento social y sujeto", ocupando el lugar central del análisis de la vida social teniendo en cuenta la enorme capacidad de las sociedades modernas de actuar sobre sí mismas, de reorientar sus prácticas sociales y culturales¹¹ y de redefinir las relaciones de poder y las formas en que se expresa el conflicto.

La historicidad es "la capacidad de una sociedad para construir su práctica a partir de modelos culturales y a través de conflictos y movimientos sociales". Las sociedades modernas aparecen dominadas por los aparatos de gestión, de producción y de difusión así como por la información; es por esto que "el llamado a la historicidad ya no puede ser un llamado al compromiso sino al desprendimiento de las obligaciones, no un llamado al acercamiento sino al alejamiento."¹²

La posibilidad misma de intervención en el campo de lo social es dada gracias a que —desde una perspectiva netamente antropocéntrica en la que se fundamentan los principios y garan-

¹⁰ *Ibid.*, p. 17.

¹¹ Touraine redefine el concepto de cultura como "un bien, un conjunto de recursos y modelos que los actores sociales tratan de definir, controlar y apropiarse, o negociar entre ellos su transformación en organización social. Sus orientaciones están determinadas por el trabajo colectivo y el nivel de acción (autoproducción) que las colectividades ejercen sobre ellas mismas. Este nivel de acción, que denomino nivel de historicidad, se manifiesta tanto en el orden del conocimiento como en el económico o ético." (*Ibid.*, p. 29).

¹² *Ibid.*, p. 19.

tías de legitimidad de la acción en el mundo— la sociedad afirma al “actor humano sólo en función de acciones y relaciones.” A diferencia de los modelos sistémicos con fuertes tendencias culturalistas e institucionalistas —en los cuales el nivel de creencias, valores y normas permea el conjunto de la sociedad y sus actores por igual—, en la propuesta de Touraine las “orientaciones culturales se reparten entre los actores sociales; pues el conflicto central de una comunidad es la división entre aquéllos que se hacen agentes y dueños de estos modelos culturales y quienes participan de ellos sólo de manera dependiente y se esfuerzan por desprenderlos del poder social que los orienta.”¹³

La noción de movimiento social en su constitución viene marcada, por un lado, por la apropiación de la herencia de Marx sobre las relaciones de dominación y, por el otro, la de Weber en relación con la orientación de la acción vía valores. El movimiento social se define como: “actores opuestos por relaciones de dominación y conflicto [que] tienen las mismas orientaciones culturales y luchan precisamente por la gestión social de esta cultura y de las actividades que produce.”¹⁴

El pensamiento clásico tuvo que enfrentarse, según Touraine, a una paradoja: la idea del orden a través del cambio; es decir, ¿cómo un sistema social conserva su estabilidad e identidad si se define, precisamente, por la transformación y racionalización de ámbitos cada vez mayores de la vida social en los que actúa? La consecuencia más significativa de dicho pensamiento fue su vocación y obsesión por el orden y la integración del sistema social, dejando de lado el estudio de los actores sociales o interesándose por ellos para ubicarlos definitivamente en un espacio del sistema social desde donde lo reproducen. Así, dentro de esta sociología, los ac-

¹³ *Ibid.*, p. 29.

¹⁴ *Ibid.*, p. 30.

tores quedan reducidos a ser únicamente “favorecedores u obstaculizadores del progreso.”¹⁵

La desconfianza hacia el evolucionismo y hacia el funcionalismo, de izquierda o de derecha, bien pronto se manifestó con el estallido de la “gran depresión” y el ascenso de movimientos totalitarios, comunistas y fascistas, en la Europa de este siglo. Nociones como sujeto histórico o progreso, perdieron su encanto y capacidad de explicación y fomentaron más bien expresiones como “crisis del progreso” o “decadencia de la razón”. “La sociología crítica descubrió la violencia detrás del orden, la represión detrás del consenso, la irracionalidad en la modernización y el interés privado en el seno de los principios generales.”¹⁶

Con ello, el sistema social como representación racional del orden dejó de inspirar confianza en la posibilidad de explicar los cambios rápidos y complejos en el ámbito de lo social.

La dispersión de las ideas que había dominado al análisis social, principalmente las de institución, valores y socialización, dejó como consecuencia el enfrentamiento radical entre sistema y actor. Este proceso llevó a la creación de una sociología que pensó la separación sistema-actores en términos de una adecuación necesaria de los segundos a las reglas de funcionamiento del primero mediante los procesos de socialización. El actor quedó reducido a un individuo y

el cambio histórico no se definió más como progreso o modernización sino como red de estrategias destinadas a sacar el máximo provecho del empleo de recursos limitados y a controlar zonas de incertidumbre. Desapareció la idea de sociedad y hasta lo ‘social’ se reemplazó con la política, la cual adquirió dos opuestas formas: por un lado, la del poder totalitario que devora la vida social; por

¹⁵ *Ibid.*, p. 24.

¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

otro, la de grupos de presión y aparatos de decisión que se enfrentan en un mercado político. Mundo frío del cual el actor —con sus creencias, proyectos, relaciones sociales y capacidad de acción propiamente social— resultó eliminado.¹⁷

Touraine muestra el escaso poder analítico del concepto *sociedad*; propone ubicar en el centro del análisis el concepto de *acción social*, que permitiría establecer una relación de interdependencia entre actor y sistema. La sociología de la acción —a diferencia de la sociología clásica que analizaba al actor por su situación dentro del sistema gracias a que visualizaba a éste como portador de significados históricos progresivos— comprende la situación misma como “resultado de relaciones entre actores, definidas por sus orientaciones culturales y conflictos sociales.”¹⁸ En este contexto, la idea de movimientos sociales adquiere la mayor importancia ya que éstos no son una respuesta a una situación determinada sino que ponen en cuestión y en disputa el control de los principales recursos culturales. Las acciones manifiestan diferentes significados; no son reductibles al lugar que ocupa el actor en las relaciones sociales, por lo que el conflicto social puede expresarse en una pluralidad de sentidos. Así, se reconoce la capacidad de los actores de producir la historia. Sólo existen movimientos sociales y conductas colectivas comprometidas en el conflicto por la gestión de la historicidad si el actor posee la capacidad de elevarse por encima de simples reivindicaciones y hasta de negociaciones políticas, para reconocerse y afirmarse como productor antes que consumidor de la situación social, y si es capaz de cuestionar esta última en lugar de depender simplemente de ella. En este contexto es que Touraine plantea que “el actor social ya no puede hablar en

¹⁷ *Ibid.*, p. 26.

¹⁸ *Ibid.*, p. 31.

nombre de la Historia, sino solamente por sí mismo como sujeto determinado.”¹⁹

Las nociones de sujeto e historicidad subrayan no solamente la centralidad de los conflictos, sino la presencia de un conflicto central en las sociedades modernas que estalla entre clases sociales opuestas una contra otra en disputa por la historicidad. Mediante el conflicto, un determinado campo de historicidad y sus modelos culturales correspondientes conforman o estructuran sistemas de relaciones sociales, es decir, de poder, expresados en prácticas sociales. Hay que enfatizar que *cultura* en Touraine no significa un conjunto de creencias, valores y normas compartidos por todo el sistema social a la manera de Parsons, sino que representa una producción simbólica diversa de los diferentes actores sociales.

... los tres elementos centrales de la vida social son: el sujeto, como distanciamiento de prácticas organizadas y como conciencia; la historicidad, como conjunto de modelos culturales, cognoscitivos, económicos, éticos y como exposición del conflicto social central; los movimientos sociales, que se enfrentan para dar una forma social a estas orientaciones culturales.²⁰

La tarea de la sociología es descubrir, precisamente, esos movimientos sociales y los conflictos que inauguran sus propias orientaciones y prácticas culturales; es decir, la tarea del sociólogo está en analizar los mecanismos de la autoproducción de la sociedad que siempre son relaciones desiguales entre los actores que participan de las mismas orientaciones culturales.

En la propuesta de Touraine, el estudio de los movimientos sociales implica optar por un “método general de análisis de la vida social”, que tome en cuenta campos culturales, historicidad, con-

¹⁹ *Ibid.*, p. 39.

²⁰ *Ibid.*, p. 69.

flictos, sistema social, modelos culturales, etcétera, dentro del ámbito de una sociología de la acción social. Ésta lleva a cabo sus análisis teniendo en cuenta que toda sociedad está fundada en relaciones sociales desiguales. Es necesario, por tanto, abordar el análisis de los movimientos partiendo de la existencia de, por lo menos, tres conflictos que se dirigen a la modificación de uno o varios aspectos importantes de la organización social y cultural.

...propongo llamar conductas colectivas a aquellas acciones conflictivas que pueden ser entendidas como un esfuerzo de defensa, de reconstrucción o adaptación de un elemento enfermo del sistema social, trátase de un valor, una norma o de la sociedad misma. En este sentido, Neil Smelser usó la expresión *collective behaviour*. Si, al revés, los conflictos se analizan como mecanismos de modificación de decisiones y por lo tanto como factores de cambio (fuerzas políticas en el sentido más amplio del término), propongo hablar de luchas. Por fin, cuando las acciones conflictivas tratan de transformar las relaciones de dominación social ejercidas sobre los principales recursos culturales —la producción, el conocimiento, las reglas éticas— utilizaré la expresión movimiento social.²¹

En un texto anterior²² —quizás el que contiene en forma más acabada su teoría de lo social— plantea la necesidad de hacer una distinción entre tipos de conductas colectivas: las conductas de crisis organizativas, las tensiones institucionales y las propuestas modernizadoras. Ninguno de los tres tipos es idéntico a un movimiento social. Las primeras responden a conflictos en el interior de una organización (en este texto es sinónimo de lugar de trabajo, empresa) que provocan las demandas o reivindicaciones por parte de los miembros de la misma. Un ejemplo es una demanda por el mejoramiento de las condiciones laborales que enfrenta al actor a

²¹ *Ibid.*, p. 93.

²² *Producción de la sociedad*, México, IISUNAM-IFAL, México, 1995.

otro con intereses opuestos. En conductas que responden a tensiones institucionales, los actores (típicamente grupos de presión o de interés) tratan de ejercer presiones para incidir en la toma de decisiones que pueden afectarlos.²³

Esta descripción de la acción institucional es limitada porque no considera más que la zona de eficacia de las instituciones. "...todo sistema institucional es limitado: no se negocian todas las reivindicaciones, no todos los intereses sociales están representados. Algunas conductas colectivas son respuestas al bloqueo o al cierre del sistema institucional."²⁴

El tercer tipo de conductas colectivas —las propuestas modernizadoras— están asociadas al cambio social; sin embargo, los movimientos de este tipo pueden ser una propuesta que tiende a pasar del presente al futuro o bien, una definición del presente contra el pasado. En general, representan una protesta contra la decadencia; suelen ser ambiguas y su oposición a las formas de dominación puede ser llevada a cabo tanto por una nueva clase dirigente como por una fuerza de oposición. Su importancia radica en que suelen tener una gran resonancia: "animan un conflicto, afectan al menos a los que rechazan lo transmitido y quieren dar sentido a aquello que lo ha perdido o todavía no lo ha recibido."²⁵

Touraine reconoce que los movimientos sociales no representan el conjunto de conflictos presentes en las sociedades ni el úni-

²³ Estas conductas tienen cuatro componentes: 1) el reconocimiento de los límites del campo de decisión: un sindicato que está negociando una reivindicación no puede tener como objetivo la supresión del sistema capitalista; 2) una fuerza social tiende a mejorar su posición relativa respecto de otras fuerzas sociales en el sistema de influencia; 3) cada fuerza social elabora una estrategia compleja porque sus intereses son tan diferenciados como los problemas sociales que trata el sistema político; 4) la acción de una fuerza social se orienta hacia una decisión que hay que tomar. Una negociación colectiva en una empresa tiende a influir en la utilización de los recursos y en el ejercicio de la autoridad. *Cfr. Producción de la sociedad, op. cit.*

²⁴ *Ibid.*, p. 243.

²⁵ *Ibid.*, p. 249.

co "motor" de los cambios sociales. La situación actual lleva a reconocer que la variedad de conflictos en el ámbito social, en el mercado o en el sistema político no pueden unificarse *a priori* dentro de la categoría de movimiento social, especialmente por su fragmentación, sus objetivos y sentidos tanto en los países industrializados como en los no-industrializados. En un intento de exponer cierta tipología de los movimientos sociales, distingue entre movimientos culturales y movimientos sociohistóricos (revolucionarios, nacionalistas, independentistas). Los movimientos culturales, por ejemplo el de la mujer, son importantes

sobre todo al comienzo de un nuevo período histórico, cuando los actores políticos no son todavía representantes de demandas y movimientos sociales nuevos y cuando, por otra parte, la transformación del campo cultural abre debates fundamentales sobre la ciencia, la inversión económica o las costumbres.²⁶

Los movimientos sociohistóricos surgen en los momentos de transición de un tipo de sociedad a otra. Su objetivo es la orientación del desarrollo y el actor central es una élite que conduce este proceso y está definida por la dirección del Estado.

Las relaciones sociales que buscan instituir los movimientos sociales no permanecen completamente "abiertas"; es decir, éstas se cristalizan

en orden social, mantenido por agentes de control social, cultural y, finalmente, por el poder estatal. Este orden social también es susceptible de entrar en crisis sobre todo cuando su estabilidad se opone a los cambios del medio de manera que, al área de la acción social y a la del orden, se agrega la de la crisis.²⁷

²⁶ *Ibid.*, p. 101.

²⁷ *Ibid.*, p. 102.

Finalmente, ¿cómo podemos abordar el estudio de los movimientos sociales desde esta perspectiva? Según Touraine, no se puede definir a un movimiento social por su orientación hacia valores conscientemente expresados ya que se encuentra situado en el ámbito del sistema de acción histórica; por esta razón, se define por el enfrentamiento de intereses opuestos, por el control de las fuerzas de desarrollo en relación con un contramovimiento al que se opone. Más allá de sus reivindicaciones, sean éstas reformistas o revolucionarias, un movimiento social cuestiona la dominación. No se trata de que se contrapongan dos formas de sociedad sino dos versiones conflictivas, opuestas de un proyecto (progreso en el siglo pasado, consumo en éste). El movimiento juvenil, por ejemplo, no es hostil hacia la sociedad de consumo; plantea una versión distinta en relación con los objetos de consumo: el disfrute, la expresión, la imaginación. El conflicto es entre esta versión y la visión tecnocrática de un mundo de objetos.

La propuesta es organizar el estudio de los movimientos sociales mediante tres principios analíticos:

El principio de identidad es la definición del actor por sí mismo. Un movimiento social no puede organizarse más que si esta definición es consciente. El conflicto es lo que constituye y organiza al actor [...] La práctica de las relaciones sociales es la que sitúa y define al actor histórico, al movimiento social, así como es el campo de decisión el que define al actor político.²⁸

El actor del movimiento social no puede estar dado por la observación inmediata. Así como la clase obrera no es el conjunto de los obreros, tampoco son los obreros dominados por los capitalistas. Un grupo social se convierte en el actor de un movimiento sólo cuando, en oposición a otro actor, se orienta al centro del

²⁸ *Ibid.*, p. 250.

sistema de acción histórica. El actor social no tiene una conciencia de identidad previa a entrar en lucha con su adversario. Lo mismo sucede con el principio de oposición. El conflicto hace surgir al adversario. Sólo se puede hablar de este principio si el actor se siente enfrentado con una fuerza social general en una lucha que pone en juego las orientaciones generales de la vida social. Un cambio en la distribución de las influencias no puede hacer desaparecer el conflicto. Por eso, éste siempre es vivido por el movimiento social como un conflicto de clase aunque no reductible al ámbito de las relaciones económicas.

Un movimiento social sólo existe cuando el conflicto está ubicado en el campo del modelo cultural que es central en todas las sociedades. "Pero los movimientos sociales concretos no son 'totales' [...] por lo tanto, no siempre se puede definir al agente del movimiento social en términos de clases."

El movimiento estudiantil expresa los conflictos centrales de las sociedades postindustriales pero no puede ser definido como una clase. Igualmente, movimientos de ciudadanos o de consumidores pueden ser manifestaciones de un movimiento social aunque sus actores no sean una clase.

El principio de totalidad es el sistema de acción histórica. Un movimiento social no es necesariamente global; el conflicto puede iniciarse en alguno de los ámbitos de este sistema. Sin embargo, los movimientos sociales más importantes son los más globales

y es difícil pensar que un movimiento pueda permanecer de un modo duradero circunscrito a uno de los elementos de la historicidad, porque entonces corre el peligro de confundirse con conductas colectivas analizables en el nivel institucional o en el nivel organizativo.²⁹

²⁹ *Ibid.*, p. 252.

El hecho de que, por ejemplo, los estudiantes rechacen la enseñanza o que los obreros rompan las máquinas de una fábrica, puede ser analizado sin tener que recurrir al concepto de movimiento social ya que destruir la industria o la universidad es destruir los espacios en los cuales los movimientos se forman y, por lo tanto, a los movimientos mismos. Este tipo de conductas aisladas pueden ser analizadas como derivadas de una crisis de la organización social.

El movimiento social no propone un modelo alternativo de sociedad o un contraplan; este último está referido a los procesos de negociación o de presión política por los cuales se pretende cambiar decisiones sobre la gestión de la sociedad, institucionalizando el debate. Algunos movimientos se plantean este tipo de acciones, pero no todos están en esta situación. Un movimiento social existe sólo cuando cada uno de los elementos del sistema de acción histórica presenta visiones antagónicas por parte de actores de clases.

La amenaza más grave a la práctica de los movimientos sociales es confundirlos con su organización o con sus dirigentes. Es importante no disociar la conciencia de la acción. Un obrero que lucha reclamando sólo pan, tiene una representación del conflicto en el que está implicado y un proyecto de sociedad. Los movimientos sociales "tienen una doble voluntad de creación y de control o, lo que equivale a lo mismo, una utopía y una ideología. Quieren dirigir su sociedad y combatir al adversario que se lo impide."

No se trata de pensar que la creación y el control son inherentes a la naturaleza humana. Más bien, las conductas vinculadas con las relaciones de clase y con la participación en el sistema de acción histórica no se pueden comprender más que como orientadas, teniendo un sentido para el propio actor, en tanto que actúa en ese nivel de la realidad social.

El actor no está actuando por una estructura social y ésta tampoco es el resultado de las intenciones del actor. Estructura y acción no

se pueden disociar porque una y otra deben expresarse en términos de relaciones sociales.³⁰

Según Touraine, un movimiento social nunca es puro porque aparece mezclado con conductas organizativas e institucionales y, además, porque también está presente en él una organización. Al analizar movimientos de protesta es fácil encontrar dirigentes que gestionan la organización del movimiento y a la vez producen su orientación, definen su estrategia y su táctica. Por otra parte, está su base, que quiere obtener ventajas limitadas, que trata de aumentar su influencia, discutir con la autoridad, que es cuestionada por los conflictos internos a la organización. Es fundamental

poner de manifiesto que la hipótesis del movimiento social es indispensable para comprender la vinculación de estas dos caras de la protesta. Y en primer lugar, ponerse a la escucha de esta base, que no se puede reducir nunca a sus objetivos inmediatos, que porta la conciencia del conflicto social y de su objeto, pero cuya conciencia está mezclada con actitudes que evocan otros aspectos de la situación social de cada quien. Es la acción de los dirigentes la que aísla a esta conciencia de los sedimentos en los que se ha refugiado y muchas veces destrozado en medio de otros elementos. Pero es ella la que permite separar en la acción de los dirigentes lo que es movimiento social de lo que es estrategia.³¹

Rescata la importancia de los militantes porque son los mediadores entre la conciencia y la acción, más cercanos a la base, a veces ya dirigentes y siempre sometidos a tensiones.

Un sindicato, una asociación voluntaria no pueden ser identificados con un movimiento social porque pueden ser manifestacio-

³⁰ *Ibid.*, p. 255.

³¹ *Ibid.*, p. 256.

nes de la reacción a una crisis organizativa o a las tensiones del sistema institucional. El análisis de los movimientos sociales supone tener en cuenta dos ámbitos de observaciones: las que se refieren a las conductas sociales (orientaciones de los actores, acciones, reivindicaciones) y las que se refieren al sistema de relaciones sociales y económicas (naturaleza de la acumulación y de la dominación económica). Sus intereses están orientados a la apropiación de la historicidad, es decir, su lucha se dirige al conjunto del sistema de acción histórica.

Así como el movimiento obrero fue el movimiento por excelencia en la sociedad industrial, en sociedades anteriores la definición de los actores está dada por elementos del propio sistema y, en este sentido, un movimiento social puede proponerse orientaciones religiosas, políticas, etc. En la sociedad postindustrial, los movimientos sociales se forman del lado del consumo, reivindicando las identidades personales o grupales al mismo tiempo que en el centro de los aparatos de producción y de dirección de la sociedad.

Un movimiento social se reconoce porque habla a la vez en nombre del pasado y en nombre del futuro, nunca únicamente dentro de las categorías de la organización social presente. Y esto es así porque cada quien da vida a los sistemas de acción histórica y a las clases sociales del pasado, al mismo tiempo que anuncia las del porvenir.³²

Partiendo de esta teoría macrosocial, muchos autores elaboraron otros enfoques sobre los movimientos sociales; a continuación, se expondrán perspectivas que centran el análisis en una revisión crítica de la teoría de los movimientos sociales (Melucci): un enfoque que intenta vincular el ámbito de lo político al estudio

³² P. 259.

de los "nuevos" movimientos (Offe); la visión histórica con elementos psicológicos de Alberoni desde la cual se incorpora la importancia de los proyectos en los movimientos y la propuesta de Barrington Moore de la que se recupera el planteamiento sobre las motivaciones para la acción.

b. Alberto Melucci

En su obra *Nomads of the present*,³³ Melucci parte de una serie de cuestionamientos a las teorías y a los autores que se han ocupado del tema de la acción colectiva, en particular, los que han enfatizado la necesidad de una visión estructural que vincule las nuevas expresiones del conflicto social con las características de las sociedades postindustriales (Touraine, Habermas) y los teóricos de la movilización de recursos (Tilly, Oberschall, Gamson) que han intentado explicar cómo se forma un movimiento, cómo se relaciona con el exterior, cómo se mantiene a lo largo del tiempo. Los primeros se han dedicado a analizar el porqué de los movimientos sociales abandonando el análisis de las acciones concretas de los mismos. Los segundos enfatizan el cómo de las acciones colectivas y no plantean una respuesta a sus significados y orientaciones.

El punto de partida de este autor es que la noción misma de movimiento está, hoy en día, en cuestión. La tradición sociológica pensó a los movimientos sociales como sujetos metafísicos, como actores dotados de una esencia, una finalidad y una unidad interna, como actores —de acuerdo con Melucci— semejantes a los del teatro, como "movimientos personajes". Éstos fueron colocados en un escenario desempeñando papeles buenos y malos, atri-

bución que depende del tipo de final y del observador mismo. El problema es que ningún fenómeno contemporáneo de acción colectiva corresponde a esta imagen de un actor unificado dotado de una esencia profunda que se debe manifestar en la acción. Por el contrario, lo que se ha podido observar durante los últimos treinta años en todas las sociedades, sobre todo en las avanzadas, desarrolladas, complejas, en forma diferente y en distintos grados, es que no existen fenómenos parecidos desde el punto de vista empírico; ninguno de ellos corresponde a esta imagen de movimientos personajes, es decir, la de un actor dotado de una finalidad histórica, con un papel central en la sociedad.

En los movimientos contemporáneos, como en todos los fenómenos colectivos, se combinan formas de acción que conciernen a diversos niveles de la estructura social, implican diversos puntos de vista y pertenecen a diferentes períodos históricos. Se trata por tanto, de captar esta multiplicidad de elementos diacrónicos y sincrónicos y de explicar entonces cómo están combinados en la unidad concreta de un actor colectivo.³⁴

Lo que se puede observar son actores fragmentados, parciales, temporales, que surgen y desaparecen con una cierta rapidez, que normalmente no tienen una organización unificada sino más bien una estructura reticular, que no tienen liderazgos centrales sino muchos líderes diseminados en la red. Los individuos circulan en las redes pasando de un lugar a otro. En general, no tienen una presencia permanente en las acciones de largo plazo; entran y salen del compromiso colectivo, no comprometen toda su vida en la

³³ *Nomads of the present: Social movements and individuals needs in the contemporary society*, Philadelphia, Temple University Press, 1989.

³⁴ Melucci, Alberto: *¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?*, separata correspondiente al texto de Enrique Larana, H. Johnson y J. R. Gursfield (comps.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1994, p. 124.

acción colectiva. Las distintas esferas de la experiencia individual coexisten y, en ellas, la acción colectiva es sólo una parte de la experiencia global de los individuos y de los grupos. Es por esto que el presupuesto de una unidad dada debe ser reemplazado por el análisis de los elementos que contribuyen a darle unidad a la acción que siempre es una construcción colectiva, un punto de llegada y no de partida.

Otro aspecto importante que caracteriza a las acciones colectivas contemporáneas es que éstas se manifiestan en una especie de ciclo que alterna entre momentos de movilización pública y visible y momentos de "latencia" en los que siguen viviendo pero de manera invisible y en los que se encuentran como sumergidos en la vida cotidiana. Esto coincide con algunas actividades a las que Melucci denomina "experiencias culturales", de relación, de pequeños grupos, de comunicación, de interacción cotidiana, prácticas de innovación o de recuperación de las antiguas. Estos dos momentos de visibilidad y de latencia tienen una relación recíproca; el momento de movilización no sería posible ni podría ser explicado si no existieran esas redes subterráneas que contribuyeron a formar discursos, cultura, lenguaje, y aun las prácticas que se traducen en la movilización visible. La importancia del tema de las redes remite a un problema eminentemente sociológico: explicar cómo surge una movilización. Tradicionalmente se consideró este elemento como accesorio a la movilización visible y a la acción pública; otro tanto sucede con algunas corrientes contemporáneas de análisis de la acción colectiva, por ejemplo, en el modelo de la movilización de recursos.

Por otro lado, la movilización visible es un momento fundamental para la vida de esas redes cotidianas porque traduce esas prácticas en retos, desafíos para la sociedad global: lo que se ha estado preparando en esas culturas subterráneas emerge a un nivel de visibilidad para toda la sociedad; transforma lo que puede parecer una cuestión particular de un grupo o de una categoría social

en un problema que concierne a la sociedad en tanto tal. Por otra parte, las movilizaciones visibles permiten una cierta renovación de redes porque atraen a nuevos participantes o porque antiguos participantes abandonan aquéllas a las que pertenecían. Hay un ciclo, un pasaje de un momento de visibilidad a otro de movilización hasta una institucionalización creciente de las cuestiones por las cuales surgió la movilización.

Estos dos polos están recíprocamente conectados. La latencia hace posible la acción visible porque proporciona los recursos de solidaridad que necesita y produce el marco cultural dentro del cual surge la movilización. Esta última, a su vez, refuerza las redes surgidas y la solidaridad entre sus miembros, crea nuevos grupos y recluta nuevos militantes atraídos por la acción pública del movimiento que pasan a formar parte de dichas redes. Asimismo, la movilización favorece también la institucionalización de elementos marginales del movimiento y de nuevas élites que han sido formadas en sus áreas.³³

El proceso de institucionalización está fuertemente ligado a la naturaleza del sistema político y a la disponibilidad de canales institucionales, a su flexibilidad, a su capacidad de integrar en procesos de representación lo que se expresa mediante la acción colectiva. Este modelo de análisis recupera algunos elementos empíricos de los movimientos y acciones colectivas típicos de las sociedades modernas, como aspectos organizacionales, estructura, y otros elementos novedosos en relación con los que caracterizaron a aquéllos.

En abierta crítica a la teoría de los movimientos sociales que intenta establecer un paradigma de análisis de estos fenómenos, Melucci plantea que el concepto mismo, tal como está formulado,

³³ *Ibid.*, p. 147.

presenta problemas metodológicos ya que se transformó de noción descriptiva en conceptual violentando la teoría y la realidad. Es decir, la noción de movimiento social se refería a características empíricas de ciertos fenómenos discontinuos de acción colectiva en relación con los movimientos pasados; de ahí su énfasis en lo nuevo, en aquellos aspectos que representan una ruptura con los relativos a los precedentes. Para Melucci, el fenómeno típico de la acción colectiva siempre es un fenómeno compuesto que lleva a la superficie elementos, tendencias, procesos sociales que están en relación directa con las distintas estructuras, los distintos campos de la sociedad misma.

Desde el punto de vista empírico, lo que se puede observar son actores que se presentan como unificados y a los cuales se tiende, desde el análisis, a atribuirles una unidad. Muchas veces son los adversarios los que se la atribuyen. Los actores mismos tienen interés por presentarse como unificados porque esta unidad es una condición de la acción. Desde el punto de vista sociológico, una movilización o movimiento en general es resultado de procesos analíticamente muy diferentes. Un problema fundamental en el análisis es el de distinguir lo que se presenta como unificado, y en lugar de asumir que la acción colectiva es algo dado, hay que explicar cómo ha sido producida. Es decir, cómo ocurre que aquello que observamos como una acción aparentemente unificada sea el resultado de procesos muy complejos de construcción.

Si se aplican estos principios teóricos y metodológicos a la cuestión de los nuevos movimientos sociales la conclusión es que no existen fenómenos totalmente nuevos. "La 'novedad' es por definición un concepto relativo que tiene la función temporal de señalar algunas diferencias comparativas entre las formas históricas del conflicto de clase y las formas emergentes de la acción colectiva."³⁶

³⁶ *Ibid.*, p.123.

Los movimientos colectivos son portadores de una herencia del pasado, movilizan categorías sociales que están en proceso de marginación y que utilizan lenguajes que heredan de la cultura disponible en las sociedades. Por definición, son nuevos y viejos al mismo tiempo. Algunos autores defienden lo novedoso y otros plantean que podemos encontrar semejanzas en movimientos del pasado. Según Melucci, existen razones en ambas posiciones pero, al mismo tiempo, es una discusión inútil porque se refieren a cuestiones diferentes. Los primeros, los que se refieren a la novedad, pretenden demostrar que las similitudes son formales y que al ubicar los fenómenos en distintos sistemas, cambian de significado. Los segundos atribuyen la novedad a una especie de "miopía del presente" a la que los analistas sociales están sometidos por comprometerse afectivamente con sus objetos de estudio.

Pero tanto los críticos de la novedad de los "nuevos movimientos" como los que apoyan este "paradigma" cometen el mismo error epistemológico: considerar a estos fenómenos contemporáneos como un objeto empírico unitario y, desde este presupuesto, proceder a definir o a discutir y negar su novedad.³⁷

La única posibilidad de salir de esta discusión es la de partir de un plano de generalización empírica hacia otro analítico y formular otras preguntas: ¿hay elementos, aspectos o formas de acción de los movimientos contemporáneos que no se pueden explicar en el marco de las categorías heredadas de la sociedad moderna? ¿Existen sentidos de la acción que no pueden ser explicados desde las formas conceptuales de que disponemos? ¿Las herramientas teóricas y metodológicas que utilizamos son las adecuadas para el análisis de las formas de acción colectiva?

³⁷ *Ibid.*, p.123.

La consecuencia de esta visión es que se necesita un marco conceptual distinto para entender el lado nuevo de esos fenómenos porque no se puede detectar lo nuevo con herramientas antiguas y, al mismo tiempo, los fenómenos mismos modelan las nuevas herramientas. El problema que se plantea para la investigación y el conocimiento es el de balancear la observación con la capacidad de construcción de herramientas analíticas adecuadas a los fenómenos.

En relación con los aspectos nuevos de los movimientos sociales, es decir, qué se puede considerar discontinuo en la acción colectiva, Melucci plantea que, sin pretensión de generalizar a cualquier fenómeno de acción colectiva, el "desafío simbólico" puede ser considerado como una novedad. Según su perspectiva, una de las características de las sociedades contemporáneas es que el poder sobre la información se convierte cada vez más en un poder sobre los códigos.

Los nuevos fundamentos del poder son los códigos: un conjunto de reglas formales para organizar el conocimiento. La sabiduría pasa a un plano secundario y la exploración del sentido de las cosas parece carecer de sentido. Su puesto es ocupado por el saber operativo y autojustificador de expertos.³⁸

Estos códigos que dan fundamento al poder son invisibles y subyacen a los discursos y prácticas sociales. Un desafío simbólico es una especie de acción que hace visible un código invisible; por su forma misma introduce una inversión de un código dominante. La acción social se vuelve capaz de esos desafíos simbólicos cuando, por su forma misma, por su propio lenguaje, hace que aparezca en la superficie el poder contenido en las prácticas sociales. Por ejemplo, hace manifiesto el hecho de que la mayor parte

³⁸ *Ibid.*, p. 132.

de las prácticas sociales en la sociedad contemporánea han sido organizadas con base en un código masculino.

En las orientaciones de la acción de los movimientos contemporáneos emerge un núcleo antagonista. Si en las sociedades de información el poder se ejerce mediante el control de los códigos, de los sistemas organizadores del flujo informativo, el conflicto antagonista radica en la capacidad de resistencia, pero todavía más en la capacidad de subvertir los códigos dominantes. Nombrar de modos distintos el espacio y el tiempo a través de la construcción de nuevos lenguajes que cambian las palabras empleadas por el orden social para organizar nuestra vida diaria, hacer lugar a la sabiduría más allá del conocimiento, ejercitar una reflexividad afectiva y no instrumental, son formas de organizar e interpretar de otra forma el flujo de información, de designar al mundo de otro modo en la práctica de los movimientos.³⁹

Este nivel analítico de la acción colectiva (que puede detectarse en relación con un campo social que es necesario definir en términos de relaciones sociales) coexiste por definición con otros niveles concretos, más visibles, que son las formas de resistencia, de participación social, de inclusión en un poder que excluye, formas de competencia, demandas de representación, todos ellos importantes para la vida social. Son formas que tienen que ver con la distribución de recursos, con el equilibrio, la justicia o la injusticia de esa distribución pero no con la producción misma de los recursos.

Otro elemento importante en el análisis de la acción colectiva es el papel, el lugar del individuo en la vida cotidiana, tema que ha sido dejado de lado en la tradición de análisis de los movimientos sociales y colectivos pero que resulta central. De acuerdo con

³⁹ *Ibid.*, p. 142.

Melucci, la importancia de este elemento radica en su aspecto ambivalente: no se puede hablar de la experiencia individual sin pasar por el individuo y, al hacerlo, inmediatamente se piensa en el campo de la psicología. Por otra parte, no se puede hablar del individuo sin hacer referencia, como sociólogos, a sus relaciones sociales. Esta herencia dualista impide captar la verdadera novedad de la cuestión, es decir, que los individuos se vuelven las terminales de procesos sociales centrales, que su dimensión individual se ve socializada de manera cada vez más creciente y que esta socialización no puede ser entendida sin pasar por las dinámicas, las experiencias, los elementos propios de la vida individual. Nos encontramos hoy en día frente a esta paradoja: la identidad individual se vuelve una cuestión íntimamente relacionada con el individuo, relativa a la vida de cada uno pero también a la vida de muchos de los que participan en procesos sociales. La pregunta ¿quién soy? se vuelve importante para todos y cada uno porque todas las formas sociales que daban una respuesta clara, continua y consistente al individuo, ya no funcionan. La pregunta ¿quién soy en el tiempo y en el espacio, en las relaciones? no puede ser respondida con los parámetros de las sociedades modernas ya que éstos no pueden asegurarnos la continuidad de la integración de nuestra identidad.

Para poder funcionar en esta sociedad contemporánea es necesario convertirse en un procesador de información, para lo cual hay que tener cierta autonomía, controlar lenguajes, ser capaces de comunicarse, de construirse como sujetos de acción. Por otra parte, en un sistema en el cual el control va creciendo sobre la vida cotidiana, ese individuo está sometido cada vez más a formas de control que penetran la formación misma de sentido, es decir, la formación misma de la posibilidad de identidad. Es ahí donde los conflictos sociales tocan la experiencia individual, privada, íntima. Esta dimensión de la intimidad individual y relacional se ve invadida por los procesos de control. Pero esas mismas dimensio-

nes son de las que los individuos obtienen recursos para actuar y, eventualmente, para oponerse al poder mismo.

En la actualidad son objeto de control social y de manipulación unas dimensiones de la vida que eran tradicionalmente consideradas como "privadas" (el cuerpo, la sexualidad, las relaciones afectivas) o "subjetivas" (la estructura del cerebro, el código genético, la capacidad reproductora). Sobre estos campos detentan el poder el aparato tecnocientífico, las agencias de información y comunicación y los centros de decisión política. Y es precisamente en relación con esos aspectos de la vida donde surgen las demandas de autonomía que impulsan la acción de los individuos y grupos, donde éstos plantean su búsqueda de identidad al transformarlos en espacios reapropiados donde se autorrealizan y construyen significado de lo que son y lo que hacen.⁴⁰

Desde esta perspectiva, parece cada vez más difícil separar un análisis del conflicto social en las sociedades basadas en la información, de esta dimensión de la vida cotidiana que tiene que ver con las experiencias de los individuos.

Este aspecto está íntimamente relacionado con el ámbito político ya que, según Melucci, no tendría oportunidad de manifestarse sin condiciones políticas mínimas. La cuestión del sistema político y de la democracia son asuntos fundamentales para el análisis de la acción colectiva. Al mismo tiempo, el tema de la acción colectiva y de los movimientos sociales se convierte en una llave para abordar las cuestiones teóricas generales que van más allá del objeto específico. No se trata de establecer una especie de hegemonía global de la teoría de los movimientos sociales sino reflexionar sobre la diferenciación creciente, la autonomización creciente

⁴⁰ *Ibid.*, p. 120.

de los niveles de análisis y de los instrumentos por los cuales se llevan a cabo esos análisis.

c. Claus Offe

Según este autor, desde la década de 1970 se están cuestionando las dicotomías sociedad civil-Estado, político-social, público-privado, tal como las plantean las teorías del liberalismo del siglo XIX. Este cuestionamiento se apoya en el desdibujamiento de los límites de las esferas de comportamiento y asuntos relativos a una u otra dimensión; varios fenómenos aparecen apoyando esta formulación:

a) el aumento de ideologías y actitudes "participativas" que llevan a la gente a servirse cada vez más del repertorio de los derechos democráticos existentes. b) el uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, tales como protestas, manifestaciones, huelgas salvajes. Y, c) las exigencias políticas y los conflictos políticos relacionados con cuestiones que se solían considerar temas morales (p.e.j., el aborto) o temas económicos (p.e.j., la humanización del trabajo) más que estrictamente políticos.⁴¹

Analiza lo que denomina dos "paradigmas" políticos: el viejo, que corresponde a la tradición liberal y el de los nuevos movimientos sociales con base en los siguientes elementos: su base social, sus planteamientos, contenidos y valores y su forma de acción. Desde su perspectiva, el problema central de las sociedades

⁴¹ Offe Claus: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema, 1988. Capítulo VII: Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional, p. 164.

modernas radica en, por un lado, el reconocimiento y el respeto por lo diverso en el interior de la sociedad y, por el otro, la necesidad de consolidar la unidad y cohesión desde el poder político.

Los nuevos movimientos sociales se sitúan en un campo intermedio en relación con las dicotomías planteadas por la teoría política liberal: sus acciones no pueden ser ya ubicadas como parte de la vida privada o de la pública. "El campo de acción de los nuevos movimientos es un espacio de política no institucional, cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del Estado del Bienestar."⁴²

Una acción política tiene como característica fundamental la búsqueda de reconocimiento de legitimidad para los medios que utiliza y, por otro lado, que sus objetivos puedan llegar a ser asumidos por un sector más amplio de la población que el que se dice representar, ya que los mismos, si se cumplieran, afectarían a vastos sectores sociales. Sólo así se puede considerar como relevante un movimiento social.

El análisis de cuatro movimientos recuperados por Offe por sus éxitos cuantitativos de movilización y por su efecto político (ecologistas, pro derechos humanos, en el que incluye al feminista y al pacifismo y movimientos que propugnan o se empeñan en formas 'alternativas' o 'comunitarias' de producción y distribución de bienes y servicios) lo lleva a enunciar características típicas-ideales de estos movimientos que se evidencian en los contenidos, valores, formas de acción y actores.

Los contenidos dominantes en los nuevos movimientos sociales son el interés por un territorio (físico), un espacio de actividades o "mundo de vida", como el cuerpo, la salud e identidad sexual; la vecindad, la ciudad y el entorno físico; la herencia y la identidad

⁴² *Ibid.*, p. 174.

cultural, étnica, nacional y lingüística; las condiciones físicas de vida y la supervivencia de la humanidad en general [...] De entre estos valores los más preeminentes son la autonomía y la identidad (con sus correlatos organizativos, tales como la descentralización, el autogobierno y la autodependencia), en oposición a la manipulación, el control, la dependencia, burocratización, regulación, etcétera.⁴³

Otro elemento de este nuevo paradigma es el modo de actuar de los nuevos movimientos sociales; destaca un modo interno y uno externo. El primero se refiere a las relaciones que los actores entablan entre sí, las cuales según este autor, son informales, esporádicas e igualitarias, lo cual plantea diferencias muy claras en relación con las formas tradicionales de organización. En este sentido, no hay una diferenciación interna marcada entre dirigentes y bases ni entre los de dentro y los de fuera.

Respecto al modo de actuar externo, el tipo de acciones preferidas son las que producen un efecto en la opinión pública como las marchas, manifestaciones, etc. tratando de atraer la atención con la utilización, la mayor parte de las veces, de métodos que se mantienen dentro de la legalidad.

Otra característica de los llamados nuevos movimientos sociales es que —según Offe— son incapaces de negociar porque no tienen nada que ofrecer a cambio de lo que demandan; esto se debería a la ausencia de algunas de las propiedades que caracterizan a las organizaciones formales como el respeto, en el interior, de las decisiones tomadas por sus representantes, lo cual disminuye la posibilidad de asegurarse el cumplimiento de los acuerdos tomados en una negociación.

Los movimientos sociales no se refieren a otros actores y oponentes políticos en términos de negociaciones, compromisos, reformas,

⁴³ *Ibid.*, p. 177.

mejoras o progresos graduales a conseguir por tácticas y presiones organizadas, sino más bien en términos de fuertes antinomias tales como sí/no, ellos/nosotros, lo deseable y lo intolerable, victoria y derrota, ahora o nunca, etc. Esta lógica de deslinde de campos, evidentemente, apenas permite desarrollar prácticas de negociación política ni tácticas gradualistas.⁴⁴

A esta incapacidad contribuyen también dos aspectos complementarios: la carencia de una ideología sólida que permita derivar de ella principios fundamentales y formas de acción para conseguir su cumplimiento y la atribución a sus propios objetivos de valoraciones tan elevadas que no pueden ser negociables parcialmente porque esto eliminaría el objetivo en su totalidad.

En relación con los actores de los nuevos movimientos sociales los códigos de identificación están referidos a categorías como sexo, edad, lugar (mujeres, jóvenes, urbanos) o al “género humano en conjunto” a diferencia de los movimientos anteriores cuya referencia autoidentificatoria era la clase, un sector político como la izquierda o la derecha. Esto no significa que su definición ideológica esté libre de referencias a las clases o a la ideología.

Según Offe, los movimientos sociales están compuestos por tres segmentos de la estructura social: la nueva clase media, elementos de la vieja clase media y un grupo de gente que está al margen del mercado de trabajo (estudiantes, amas de casa, jubilados).

El viejo paradigma de lo político divide la acción social dicotómicamente: lo privado frente a lo público/político. El nuevo paradigma la divide en tres esferas: privada/frente a la política no institucional/frente a política institucional “y reivindica la esfera de ‘acción política en el interior de la sociedad civil’ como su

⁴⁴ *Ibid.*, p. 180.

espacio propio desde el que cuestionar las prácticas e instituciones tanto privadas como políticas-institucionales.⁴⁵

Este nuevo paradigma corresponde a una sociedad con un grado alto de diferenciación y de individuación, es decir, a una estructura social en que los grupos se han vuelto a la vez más indiferenciados y menos estables en cuanto a su duración y no funcionan otorgando orientaciones o como puntos de referencia de esas orientaciones. En las sociedades postindustriales, las personas emigran dentro de su biografía a través de trabajos, familias, comunidades culturales, estilos de vida, etc. Una consecuencia importante —según el autor— de este cambio estructural es que se produce un desligamiento de los vínculos entre los individuos y sus comunidades.

En tales condiciones, la subjetividad más duradera y los parámetros distintivos de la identidad social ya no son la propia identidad como capataz, médico, o ama de casa [...] sino la propia identidad en términos de edad y sexo, quizá también de lengua, de origen regional o étnico o del lugar actual de residencia y, naturalmente, la propia identidad como un ser humano viviente con sus ansiedades y vulnerabilidades.⁴⁶

Los movimientos de la sociedad incluyen una gran cantidad de participantes, en muchos casos, cifras superiores a los que participan en los partidos políticos. En general, plantean formas alternativas de solución de los conflictos dado que las instituciones, en algunos casos, no pueden absorber ni las preocupaciones ni las demandas de estos actores sociales y, en otros, lo hacen en forma selectiva y tardíamente. Offe incluye a las iglesias, los sindicatos, las universidades, la literatura, el arte y los medios de comunica-

⁴⁵ *Ibid.*, p. 181.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 183.

ción, además de los movimientos ciudadanos, de ecologistas, de derechos humanos, de mujeres, etc. como parte de estos movimientos de la sociedad.

Dos son los procesos que influyen en la aparición de estos movimientos y la falta de participación de los individuos en la política partidaria. Por un lado, la presencia de partidos cuyo interés central es el electoral y, por lo tanto, sus objetivos se dirigen a conseguir votos diseminando sus contenidos programáticos. La política asumida por los partidos pierde especificidad lo cual conduce "a la impresión de que las diferencias existentes dentro de los partidos superan las existentes entre partidos."⁴⁷

Por otro lado, las instituciones oficiales, al no plantearse como la vía para la resolución de los conflictos, producen una desconianza que finalmente recae en una crisis de participación por parte de los ciudadanos.

Mi tesis es que, como consecuencia de ambos procesos, los dos significados convencionales de política —como lucha respecto de cuestiones sustantivas y como forma institucional de resolver conflictos— degeneran en modos informales y mutuamente desconectados de lucha y decisión.⁴⁸

Esta incapacidad de las organizaciones políticas liberales para resolver las demandas de la sociedad se expresa con mayor relevancia en los cambios en los valores y en las preocupaciones de la gente; estos cambios, según Offe, han sido generados por la sociedad postindustrial pero, al mismo tiempo, no pueden ser resueltos en los términos formalmente establecidos para la solución de conflictos. Se trata de una situación de quiebre de las mediaciones institucionales entre el Estado y los intereses de los indivi-

⁴⁷ *Contradicciones en el Estado del bienestar*, México, Alianza-Conaculta, 1990, p. 160.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 161.

duos. Estos valores posmaterialistas o postadquisitivos surgen y predominan sobre los que tienen que ver con el ingreso, satisfacción de necesidades materiales y seguridad social. Ofte los definirá como aquellos relacionados con el desarrollo personal, la igualdad, la participación, sostenidos sobre todo, por la nueva clase media urbana. Surgen una vez que los asuntos materiales han sido medianamente solucionados; sin embargo, en el caso en que volvieran a surgir problemas de ingresos, empleos, etc., no habría una vuelta hacia atrás en relación con el cambio en los valores. Los que mejor expresan estos cambios son los movimientos ecologistas y feministas. Aun cuando el sistema de partidos fuese más abierto, este tipo de movimientos no puede actuar bajo formas partidarias porque contradicen la lógica de los partidos, es decir, la de obtener la mayor cantidad de votos para ocupar el gobierno.

Una de las características fundamentales de los movimientos es que su fuerza surge de los temas que enarbolan; con esto, no intentan conseguir el apoyo de un gran número de grupos diferentes al propio.

Sus exigencias tienen una naturaleza que no puede cumplirse mediante poder estatal pues esto requeriría un cambio en las normas culturales y económicas y en los modos de vida compartidos por grandes partes de la población (por ejemplo, varones, mayorías raciales o étnicas o productores). Por último estas preocupaciones o valores no pueden —en contraste con los programas políticos de los partidos— proporcionar directrices para todo el horizonte de temas que encuentran en su agenda los detentadores del poder estatal.⁴⁹

⁴⁹ *Ibid.*, p. 296.

Otro aspecto novedoso es que sus demandas cuestionan los aspectos destructivos y amenazantes de la modernización y de la racionalización de las sociedades avanzadas.

Nada de esta protesta se adhiere a un pasado romantizado; es más bien la respuesta a un futuro visto como amenazador o potencialmente amenazador [...] No se oponen en principio a la modernización en cuanto tal. Tratan de defender lo que merece defenderse, de supervisar y controlar las consecuencias perversas y auto-destructivas de la modernización técnica, militar, económica, urbana y social.⁵⁰

En este sentido, plantean una crítica moderna de la modernización; constituyen un intento de potenciar la capacidad de aprendizaje de las sociedades, mostrando su ceguera sistemática y sus efectos peligrosos. Los sistemas de partidos no tienen suficiente capacidad de aprendizaje y por eso son incapaces de anticipar y manejar adecuadamente las consecuencias destructivas de la modernización. Por ello, insisten en ampliar las formas políticas de tal manera que tengan más vinculaciones con la realidad y que, a la vez, generen cambios en las formas políticas ya existentes e incrementen la capacidad de aprendizaje del sistema en su conjunto.

A diferencia de lo que plantea Touraine en el sentido de que los nuevos movimientos sociales tienden a unificarse en un solo movimiento, Ofte duda de que haya que concebirlos como entidades organizativa e ideológicamente integradas y unificadas. Su resistencia a la unificación sería también un elemento novedoso y en cierta medida positivo porque permitiría la pluralidad de objetivos, de actores, de intereses y una refundación de la política en la

⁵⁰ *Ibid.*, p. 296.

que este mundo contradictorio, variado y multifacético aparecería mezclado con lo institucional y lo formal.

...estoy profundamente convencido de que todos los futuros diseños políticos estarán mezclados y serán en alguna medida "eclecticos". El desarrollo político en este sentido adoptaría la forma de una combinación más multifacética y pluralista de diferentes formas de racionalidad económica, tecnológica y política, de manera que lo viejo y supuestamente obsoleto se mezcle y haga compatible con lo nuevo a un nivel superior. Este abandono de la oposición "viejo versus nuevo" es una marcada tendencia dentro de los nuevos movimientos sociales.⁵¹

d. Francesco Alberoni

Alberoni trabaja la problemática de los movimientos sociales con base en una serie de presupuestos teórico-metodológicos. Entre ellos, destacaremos los que —a nuestro juicio— resultan relevantes como aportes desde la historia y la psicología a su estudio. En particular, se destacarán aspectos tales como la continuidad entre los movimientos del pasado y los actuales, la idea de institucionalización de todo movimiento, la confluencia de distintas vertientes ideológicas en cada uno de ellos y, finalmente, los proyectos que originan y orientan a estos sujetos.

Para este autor, los movimientos actuales tienen una raíz en movimientos históricos anteriores. Esto significa que cada momento de lo social tiene su fundamento en configuraciones diversas (históricas, culturales, políticas) pero que, sin embargo, se pueden encontrar ciertas regularidades y ciertas constantes. Los fenómenos sociales colectivos surgidos en estas particulares configura-

⁵¹ *Ibid.*, p. 297.

ciones varían de acuerdo con ellas; a pesar de estas variaciones, podemos encontrar sus raíces en el pasado. La historia deja sus huellas en el presente.

Lo social está compuesto por dos estados que coexisten: lo que Alberoni llama el estado naciente (EN) y el estado institucional y de vida cotidiana. El EN es un momento de ruptura, de discontinuidad, una "modalidad específica de transformación" que no resume ni agota todas las posibilidades de transformación de lo social. Este momento de creación y de invención es permanente y constante aunque se manifieste con distinta intensidad en cada momento histórico. De lo que se trata, pues, es de poner en relación, en el análisis, dos estados de lo social que en la realidad se encuentran ya relacionados. Este momento de "invención social" se encuentra presente en cualquier grado de agregación social, esto es, lo podemos encontrar en pequeños grupos o en grandes movimientos cuando se están formando.

La convivencia y la relación entre estos dos estados no significa que se los pueda tomar como representación de dicotomías en las que lo institucional y lo de vida cotidiana es lo racional, lo consensual, lo no emocional y el EN expresa los pares opuestos, es decir, es lo irracional, lo emocional, lo conflictivo, lo espontáneo. Cada par de componentes se encuentra presente en los dos estados porque ambos son parte de la realidad social al igual que el orden y el conflicto entendidos como par de opuestos.

Estudiar el EN como momento constitutivo de un movimiento social incluye definir y relacionar un conjunto de elementos: el cuándo, es decir, las precondiciones estructurales (históricas, políticas, culturales, ideológicas) sobre las que un movimiento comienza a generarse; el quién, los sujetos, actores de esta experiencia; el cómo, experiencia fundamental que comprende un proceso de pensamiento en el cual existe una verdad única, posible de ser captada, un proceso emotivo, de sentimiento y de valoraciones éticas (por el cual existe alguna cosa que tiene valor por

sí misma) y un plano relacional por el que es posible pensar que las relaciones entre los hombres pueden llegar a transformarse de modo que lo que cada uno quiere "auténticamente debe coincidir con lo que todos deben querer también auténticamente";⁵² el porqué, la dinámica psicológica mediante la cual los sujetos se reconocen y deciden asociarse.

Desde esta perspectiva, lo que interesa es poner en relación las condiciones estructurales —que para Alberoni no son las mismas que producen un proceso revolucionario— con los sujetos sociales que serán los que producirán una transformación.

Un elemento importante dentro de este cuerpo teórico son las elaboraciones ideológicas que el propio movimiento produce. Puesto que los sujetos al asociarse traen diferentes experiencias culturales y distintas tradiciones, estas elaboraciones pueden ser diversas. Por ejemplo, en el caso de los movimientos juveniles de finales de la década de 1960, confluyen en ellos varias tradiciones (el marxismo, el anarquismo, el cristianismo); sin embargo, la elaboración ideológica del movimiento no respondió en forma pura a ninguna de ellas. Más bien constituyó una nueva concepción de la realidad que contenía elementos de las distintas elaboraciones que influyeron en él.

Dentro de las precondiciones estructurales que permiten el surgimiento de un movimiento, hay un elemento común: "la ruptura de cierto equilibrio entre las fuerzas que sostienen la solidaridad de la parte del sistema social en el que el movimiento aparece".⁵³

Cuando, por ejemplo, un poder coercitivo se deteriora, al reducirse o desaparecer la coerción, las fuerzas que provocan el surgimiento de un movimiento "explotan" y es, por lo tanto, muy

⁵² Alberoni, Francesco, *Movimiento e institución*, España, Editora Nacional, Cultura y Sociedad, 1981, p. 101.

⁵³ *Ibid.*, p. 69.

probable que éste surja. A la vez, los movimientos colectivos participan en el deterioro de las precondiciones estructurales, modifican los sistemas de solidaridad proponiendo otros alternativos y aceleran la crisis de ciertas instituciones.

Los sujetos que inician el movimiento tienen como característica principal el de ser participantes de las instituciones con un vínculo muy estrecho con ellas; al mismo tiempo, las viven con gran frustración por lo cual se ven impulsados a romper sus lazos.

Entre los sujetos que forman el núcleo inicial (EN), el reconocimiento se produce sobre la base de una identificación con ellos mismos y de una forma de entender y de realizar el mundo: hay, pues, una forma similar —aunque no idéntica— de analizar la realidad y las experiencias vividas en el pasado. Para que este reconocimiento se produzca no es suficiente que exista similitud en raza, clase, profesión, condición de vida, etc. Más bien, en muchos casos, este tipo de lazos se rompe en función de la nueva experiencia. Una vez que el reconocimiento ha operado, la primera exigencia es definirse a sí mismos respecto del sistema externo, definido éste como aquella parte del mundo con la cual no hay posibilidad de reconocerse o identificarse.

Una parte importante desde esta perspectiva teórica, es la relación entre el movimiento y el sistema externo en la cual operan una serie de mecanismos que son —a mi juicio— importantes para el análisis de un fenómeno colectivo. En primer lugar, el sistema externo tiene su fundamento en un aparato institucional que funciona con base en la integración entre medios y fines; es el reino de lo posible, esto es, sólo se considera un fin lo que es posible de ser alcanzado con base en los medios disponibles. En el movimiento, las demandas (en general identificadas con derechos) no guardan relación con la posibilidad de concretarlas. Se franquea el límite de lo posible porque el fin no se puede medir en relación con los medios de que se dispone. Esto es visto desde el sistema externo como algo ilógico e incomprensible y por lo tanto, imprevisible.

Desde el movimiento, lo externo es caracterizado como injusto, limitado por lo que cree posible y que, por lo tanto, ve como imposible todo lo que no coincide con lo realmente existente. El movimiento no puede ni quiere renunciar a tratar de ver hasta dónde puede llegar ya que lo que está presente es la convicción de ser portadores de una verdad evidente por sí misma. De acuerdo con esto, las instituciones son vistas como hipócritas por negarse a reconocer algo que es compartido por muchos.

En segundo lugar, el movimiento y el sistema externo constituyen "un campo social único en el que las dos partes están obligadas a cambiar, aunque ese cambio desemboque en una nueva reglamentación o en un conflicto mortal".⁵⁴

Este cambio significa que el sistema externo también es permeable a lo que el movimiento exporta. En este sentido, es posible que aquellos miembros de la institución que tienen un mayor contacto con los del movimiento, entren en crisis respecto de la ideología y de las acciones de la institución. Así, algunos individuos estarán más abiertos para el debate y se cuestionarán respecto de la distancia entre los valores y los comportamientos concretos.

Teniendo en cuenta este conjunto de elementos, se podrá comprender más profundamente la siguiente observación de Alberoni:

El estado naciente constituye una exploración de lo posible a fin de maximizar lo que de aquella solidaridad es posible para sí mismo y para los otros. En todos los casos, el grupo de hombres dentro de los cuales se constituye un estado naciente, intenta construir una modalidad de existencia totalmente distinta a la cotidiana e institucional; precisamente para explorar esta posibilidad, está obligado a darse una forma, una estructura, a convertirse, en un momento dado, en un proyecto concreto e histórico, a chocar con las fuerzas concretas e históricas presentes y a convertirse así él mis-

⁵⁴ *Ibid.*, p. 200.

mo en institución.⁵⁵ El movimiento queda así definido como un proceso histórico que se inicia en el EN y que termina con la reconstrucción del momento cotidiano-institucional.⁵⁶

La concreción del movimiento en una organización permite hacer realidad su propio proyecto; a éste deberemos buscarlo en el centro del movimiento.

Alberoni distingue tres tipos puros de proyectos relacionados con los sujetos que los proponen y con ciertas condiciones estructurales: proyectos religiosos, éticos y políticos.

Un proyecto religioso cuyo centro es la búsqueda de la regeneración, del cambio en relación con lo trascendente. La elaboración religiosa del EN se producirá esencialmente en una sociedad en la que ya existía una cultura e instituciones religiosas, una sociedad en la que la vida cotidiana, política y ética estén habitualmente elaboradas en términos religiosos.

En el proyecto religioso, la experiencia del estado naciente se elabora a través de la separación ontológica de las fuerzas que el sujeto vive como trascendentes a su persona y a su propio grupo. Estas fuerzas se sitúan en un otro lugar desde el cual irrumpen en el espacio-tiempo de la contingencia, a través del paso de lo sagrado.⁵⁷

En el proyecto ético como en el político esta separación es social. El grupo se separa del resto de lo social como zona liberada y liberante. La experiencia colectiva en el proyecto ético encuentra un destino en la liberación, en la transformación, en el renacimiento del individuo y de todos los individuos. En el proyecto político, el objeto de la transformación y de la liberación es una determinada sociedad.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*, p. 359.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 316.

En el proyecto ético el grupo se convierte en un operador de transformación y de salvación para sus miembros. El sistema externo se transforma mediante la modificación de los individuos. El grupo acoge a todos sus miembros, pero uno por uno a fin de transformarlos porque ellos así lo desean. El sistema externo no cambia mediante un acto sino como consecuencia directa de los cambios individuales. Es pues, una transformación gradual del sistema externo.

El grupo no se contrapone a la sociedad estructurada, no la desafía en el terreno específico del poder, sino que sigue la vía opuesta de separarse de ella, de apartarse, de evitar las influencias devastadoras que la irrupción del poder de la contingencia tendría sobre él.⁵⁸

Al renunciar al enfrentamiento directo con el poder, el proyecto ético necesita protegerse del sistema externo; el grupo se vuelve aislado. Recurre al aislamiento y a la protección para poder seguir existiendo. Lo esencial en este tipo puro de proyecto es la centralidad del individuo y la constitución de "una pertenencia protegida" que requiere un cierto grado de secreto. Asimismo, la inclusión de nuevos miembros se realiza mediante procedimientos particulares en los que se exigen ciertas "pruebas" para poder ser aceptado en el grupo.

En el proyecto político el grupo es el sujeto de transformación, de reconstrucción de la sociedad. Determina dentro de ella una "región de socialidad contingente" sobre la que actuará para liberarla, siendo el grupo el medio para esa liberación. Éste se constituye en una vanguardia cuyos atributos de mando derivan del reconocimiento interno del grupo mismo.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 332.

El proyecto político se constituye con la transformación del grupo en vanguardia, minoría activa que libera a una sociedad y para hacerlo, se transforma a sí mismo en medio para abatir el poder que se opone a esta misión.⁵⁹

En un proyecto político puro, todo está subordinado a este fin. Sus límites éticos no se encuentran sólo en el sistema exterior sino también dentro del grupo mismo. Todo grupo portador de un proyecto político tiene problemas morales propios, y es tanto más político cuanto más los resuelve sobre una base de utilidad política.

e. *Barrington Moore*

Este autor, partiendo de la premisa de la enorme capacidad que los hombres tienen de soportar el sufrimiento, expresado en particular en sentimientos (y en creencias que forman parte de ciertas valoraciones) de agravio moral y de injusticia, se va a plantear la respuesta a la siguiente interrogante: ¿por qué en ciertos momentos y en qué condiciones, los seres humanos se rebelan ante ese sufrimiento y deciden dejar de soportarlo? Es decir, cuándo se valora que ciertas creencias (como creer que se tiene derecho a algo) o sentimientos han sido violados y se decide actuar para defenderlos rompiendo los lazos de sometimiento o de obediencia a una autoridad que es la que —de una forma u otra— ha transgredido un "contrato social" provocando "injusticias".

Tres son las fuentes posibles de generación de sentimientos de agravio moral e injusticia que son, a la vez, los grandes problemas de la mayoría de las sociedades: la autoridad, la división del trabajo y la distribución de bienes y servicios.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 341.

De la exposición que Barrington Moore realiza de estos tres elementos, tomaremos sólo aquellos que resultan fundamentales para la explicación de nuestro propio objeto de estudio. El supuesto básico del que parte este autor es que en todas las sociedades —o grupos sociales— existe un pacto (contrato) social no explicitado entre los dirigentes y los subordinados; de esta forma, las reglas respecto de lo que se puede y no se puede hacer no están establecidas formalmente, es decir, no existen reglamentaciones escritas sobre deberes y obligaciones y sobre sus límites. Sin embargo, los subordinados poseen alguna idea respecto de cuáles son las obligaciones que le corresponden a la autoridad así como cuáles son sus objetivos. En este sentido,

el contrato social inherente a las relaciones de autoridad, siempre está siendo puesto a prueba y renegociado [...] A modo de hipótesis podríamos afirmar que hay ciertas formas de violación de ese contrato que por lo general producen agravio moral y un sentimiento de injusticia entre quienes están sujetos a la autoridad [...] En las relaciones de autoridad, las situaciones arquetípicas de esa violación son aquéllas en las que el dirigente no hace su trabajo de manera adecuada, es decir, no proporciona seguridad y busca su ventaja personal a expensas del orden social.⁶⁰

Los subordinados, por lo general, no están evaluando permanentemente las conductas de los dirigentes y normalmente desconfían de aquellos que ejercen la autoridad “apoyándose demasiado en los libros.” La imagen habitual de alguien que es reconocido como autoridad, es una figura tradicional, paternal y conservadora que provee seguridad y garantiza la paz y el orden a cambio de obediencia; sin embargo, el sentimiento puede ser de inconformidad y oposición por considerar injustas sus acciones.

⁶⁰ Moore, Barrington, *op.cit.*, p. 35.

Las actitudes populares hacia la autoridad lógicamente pasan por la ambivalencia y en muchas culturas —no en todas— podemos encontrar una fuerte tendencia subterránea hacia la igualdad, la resistencia y la desconfianza de todas las formas de subordinación de un ser humano a otro.⁶¹

Es en este sentido que Barrington Moore plantea que —entre los grupos subordinados— los esfuerzos por establecer y poner en funcionamiento reglas internas que tiendan a suavizar conflictos entre sus miembros, son un intento de autonomía e independencia de la autoridad.

Al igual que en el caso de la autoridad, la división del trabajo social también se encuentra sometida a un contrato no explícito y sujeto permanentemente a negociaciones con el fin de evitar conflictos inherentes e inevitables entre

1) las demandas y los requerimientos del trabajador o de la unidad doméstica individual por tener alimento, ropa, techo y una parte de las amenidades y placeres de la vida; 2) las necesidades de la sociedad como un todo y 3) las demandas y requerimientos de los individuos o grupos dominantes.⁶²

En la división social del trabajo hay ciertas actividades que son evaluadas negativamente y los que las realizan tienen un sentimiento de agravio moral latente o expresado abiertamente; estas actividades implican: el sometimiento a otro, la inexistencia de habilidades manuales, trabajos mecánicos, repetitivos, y “en algunos casos, trabajos que requieren contacto con excrementos, cosas podridas, suciedad y muerte.”⁶³

⁶¹ *Ibid.*, p. 36.

⁶² *Ibid.*, p. 43.

⁶³ *Ibid.*, p. 44.

Son tareas que nadie desea hacer y que, en cierta medida, los que las realizan se ven obligados a ello; debido a esto, constituyen una violación de "algún sentido innato" de los seres humanos sobre lo que quieren ser.

La escasez de bienes y servicios —presente prácticamente en cualquier sociedad— lleva implícita la idea de desigualdad en la distribución social de los mismos. En este sentido, el sentimiento de injusticia frente al o a los que acaparan recursos escasos está presente como una expresión de la violación de lo que se considera como un "derecho". A diferencia de la situación mencionada, la ostentación de lujos por parte de los gobernantes puede ser aceptada siempre y cuando, por un lado, los subordinados crean que ese exhibicionismo está cumpliendo con algún propósito con el cual ellos mismos están de acuerdo o, por el otro, porque exista "alguna forma de identificación con la élite: la gente percibe al exhibicionismo como una manifestación de la grandeza en razón de los logros obtenidos por su sociedad."⁶⁴

Frente a este conjunto de elementos considerados como fuentes de los sentimientos de agravio moral e injusticia, los subordinados se plantean dudas en relación con la legitimidad de un orden social que les provoca sufrimientos y crean "una presencia social efectiva, alguna forma de organización para oponerse a la autoridad organizada",⁶⁵ así como nuevas pautas morales de condena que constituyen —según Moore— la identidad de cualquier movimiento de oposición. A partir de estas creaciones se comienza a tener una nueva percepción de "los amigos y los enemigos". La incorporación del concepto de autonomía moral permite dar una respuesta a la interrogante respecto de qué es lo que le da fuerza a

⁶⁴ *Ibid.*, p. 52.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 89.

un individuo para rebelarse y actuar contra un orden social establecido; esta autonomía moral está compuesta por cualidades.

La primera cualidad, que todavía podemos llamar fuerza moral, lo es en el sentido de una capacidad para resistir a las presiones sociales poderosas y amenazadoras que obligan a obedecer órdenes opresivos o destructivos. La segunda cualidad es la habilidad intelectual para reconocer cuándo las presiones y reglas son de hecho opresivas [...] La tercera capacidad, la inventiva moral [...] consiste en conformar, a partir de las tradiciones culturales existentes, nuevos patrones históricos para condenar lo que existe.⁶⁶

Las teorías del comportamiento colectivo y de la movilización de recursos

Estas teorías, en conjunto, son una vertiente de análisis distinta a las expuestas en los apartados anteriores. La importancia de rescatar estas perspectivas de análisis sobre la acción radica en que contribuyen a la formulación de una distinción necesaria entre movimiento social y acción colectiva. Por la influencia y el efecto que tienen los análisis realizados con base en las teorías de los movimientos sociales mencionadas en la primera parte de este capítulo, en particular, la teoría desarrollada por Alain Touraine, consideramos necesario abordar otros enfoques que permitan formular la distinción mencionada en relación con lo que es el centro de esta investigación, es decir, la constitución de actores colectivos. Una característica fundamental de estas teorías es su énfasis en la conformación de la acción, sus elementos constitutivos y en la ubicación de la misma como parte de la vida cotidiana de las per-

⁶⁶ *Ibid.*, p. 98.

sonas y no como acontecimientos extraordinarios. Rompen también con la concepción de las acciones como conductas irracionales producto de la desintegración social provocada por procesos de crisis (presiones demográficas, desequilibrios ecológicos, etc.) que producen sentimientos de agresión, resentimiento y frustración ante los cuales las personas reaccionan con violencia.⁶⁷

Sólo mencionaré en este apartado aquellos elementos teóricos que —a mi juicio— contribuyen a un acercamiento y, en algunos casos, a la explicación de aspectos que constituyen la acción colectiva y que no han sido tomados en cuenta en las teorías de los movimientos sociales.

a. Algunos elementos desde el funcionalismo

Neil Smelser,⁶⁸ quizás el exponente del funcionalismo contemporáneo que más interesa para nuestro análisis, define la acción colectiva y los movimientos sociales como respuestas no institucionalizadas a las tensiones del sistema provocadas por la crisis. Es decir, las conductas colectivas derivan siempre de una situación de desequilibrio y escasa funcionalidad en los procesos de integración social. Su propuesta tiene importancia

en la medida que trabajó sistemáticamente sobre el comportamiento colectivo, estandarizó una terminología que ha sido aceptada por los que se dedican al tema y realizó un esfuerzo por formalizar

⁶⁷ Por tratarse de teorías ampliamente expuestas, multicitadas e incorporadas ya al pensamiento sobre la acción colectiva, sólo las menciono ya que no significan, en términos de esta investigación, un referente necesario. Baste señalar que el texto de Oberschall resume adecuadamente estas posiciones teóricas.

⁶⁸ *Teoría del comportamiento colectivo*, México, FCE, 1989.

un esquema analítico que permite distinguir las distintas formas que asume la acción colectiva.⁶⁹

Plantea un tipo de sistematización que intenta resaltar la objetividad de las determinantes de la acción colectiva, es decir, disminuir la indeterminación persistente en las explicaciones de los comportamientos colectivos. Su interés radica en la búsqueda de regularidades en ellos. Es un enfoque centrado en la perspectiva de situación-actor que intenta descubrir las influencias de los cambios del sistema en las motivaciones de los actores.

El comportamiento colectivo no puede ser definido como la interacción de dos o más individuos; por esto, Smelser pasa a analizar la naturaleza de ese comportamiento guiándose por preguntas tales como ¿a qué tipo de fenómeno nos referimos con ese término? ¿Con base en qué criterio incluimos o excluimos ejemplos como objetos apropiados de estudio? En este sentido, define el comportamiento colectivo dentro de la concepción de acción colectiva como la movilización social basada en una creencia que redefine la acción social. Es también la respuesta a algún factor de disturbio o tensión en alguno de los componentes de la acción social que, a su vez, tienen varios niveles de importancia. Estos componentes son los valores, las normas (sistema de reglas que traduce los valores en comportamientos), la movilización de las motivaciones (la capacidad de motivar a los individuos para asumir conductas reguladas normativamente), los recursos (el sistema de medios que permiten u obstaculizan el alcance de los objetivos de la acción).

El concepto de tensión es central en esta teoría; representa una disfunción, un desequilibrio que interviene en un componente de la acción y en alguno de sus niveles; como tal, crea un sistema de

⁶⁹ Tarrés, María Luisa, "Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva", *Revista Estudios Sociológicos*, vol. X, número 3, COLMEX, sep-dic., 1992.

confusión y de incertidumbre. En el caso de los recursos la tensión se manifiesta como una incertidumbre respecto de los medios a utilizar para alcanzar ciertos objetivos. En el ámbito de las motivaciones, se verifican tensiones que enfrentan la capacidad de asumir un papel. En las normas, las tensiones se manifiestan en los conflictos entre los diferentes papeles o funciones. En el ámbito de los valores, puede existir conflicto entre valores personales, de grupos o de sectores completos de la sociedad.

El comportamiento colectivo tiende a reestructurar el componente afectado por la tensión, eliminando la incertidumbre que lo caracteriza. Esto sucede porque las creencias más generalizadas movilizan la acción hacia los componentes más generales y, de tal manera, tienden a reestablecer el equilibrio. La creencia generalizada mueve la atención colectiva hacia lo alto y enfoca las energías sobre componentes de la acción más elevados que aquel directamente afectado. La propuesta de Smelser especifica las siguientes características del comportamiento colectivo:

- a) es capaz de reestructurar la acción social;
- b) se hace presente una creencia generalizada con características afines a las creencias mágicas, referida a la existencia de fuerzas extraordinarias operantes en la situación y a la posibilidad de resultados extraordinarios de la acción colectiva;
- c) presenta el carácter no institucionalizado de las conductas;
- d) mueve la necesidad de una serie articulada de determinantes para su activación.

Este último punto resulta de especial importancia ya que para Smelser, en la búsqueda de reducir indeterminaciones en los comportamientos colectivos, plantea que éstos son el producto de una combinación entre seis factores considerados determinantes: propiciamiento estructural, desarrollo y difusión de una creencia generalizada (recuperado por Melucci, que la considera la categoría analítica a la luz de la cual hay que leer los diversos comporta-

mientos colectivos), factores precipitantes, movilización de los participantes para la acción y la operación de control social. Estas determinantes deben ocurrir en una secuencia necesaria; sin embargo, no todas las conductas colectivas incluyen forzosamente todas las determinantes, son sus combinaciones las que darán un tipo u otro de comportamiento. En estas combinaciones, el factor considerado como antecedente es necesario para el consecuente.

La dificultad que enfrenta Smelser es la de poder especificar las diferencias entre un tipo y otro de comportamiento que van desde la moda hasta las revoluciones. Establece más bien relaciones lógicas entre conceptos (determinantes) pero no relaciones reales contenidas en los comportamientos colectivos.

Si bien Smelser identificó los principales elementos que integran un análisis de la acción colectiva, no consideró las relaciones entre actor movilizado (movilización, en su lenguaje) y el orden social (control social) en una teoría que incluyera el conflicto como parte de un proceso dinámico. Su propuesta, en este sentido, privilegia las condiciones de aparición de la acción colectiva y esta última es tratada como una variable dependiente de cuyo contenido poco nos habla.⁷⁰

Un segundo aspecto que es necesario resaltar es que la acción colectiva —así tratada— presenta cierto rasgo de conducta anormal que retornará a la “normalidad” cuando las situaciones de crisis desaparezcan; es decir, la acción es, en definitiva, una respuesta a una situación.

⁷⁰ Tarrés, M. *op. cit.*, p. 10.

b. Una concepción utilitaria de la acción colectiva

La concepción sobre la acción colectiva desarrollada por Olson⁷¹ está basada en una idea central: las personas se organizan en función de sus intereses; si la organización no cumple con los intereses siempre comunes de sus miembros, desaparece. Aunque en algunos casos sirvan para el cumplimiento de un interés personal, su función principal es propiciar el interés común de un conjunto de individuos. Realizando analogías permanentes con situaciones de un mercado competitivo, Olson enuncia los componentes de la acción en términos de costo-beneficio: tal como un Estado nacional no puede sobrevivir si no emplea el sistema impositivo a cambio de la provisión de bienes públicos, una organización no subsistirá si no emplea algún tipo de sanción o algún incentivo que impulse a sus miembros a sostenerla y a otros a unirse a ella. Aun en el caso de que todos los participantes tengan interés en la obtención de un beneficio, no todos estarán dispuestos a pagar los costos. Es por esto que la organización como tal, deberá utilizar un esquema de premios-castigos para asegurarse de que aquellos que estén abiertos a solventar los costos, sean también los beneficiarios de los bienes colectivos. Sin embargo, "un bien colectivo es aquél que, una vez suministrado a un miembro del grupo, no puede rehusarse a ninguno de los miembros restantes incluyendo a aquellos que no contribuyeron con el costo de su obtención."⁷²

Es el problema del protagonista pasivo —*free rider*— presente en la mayoría de las organizaciones. Según Olson, la acción colec-

⁷¹ Olson, Mancur Jr., *The Logic of Collective Action, Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1965.

⁷² Oberschall, Anthony, *Teorías sobre el conflicto social*, (traducción de María Teresa de Mucha), Tennessee 37235, Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Vanderbilt, Nashville, mimeografiado, p.17.

tiva no representa un interés racional para el individuo promedio, aun cuando sus intereses coincidan con los de otros. Es por esto que sin el sistema de premios y sanciones, la acción se convierte en imposible.

Una crítica generalizada a este enfoque es que no tiene en cuenta que las personas no participan en las acciones individualmente, en forma desorganizada, sino que están inmersos en redes sociales anteriores que tienen como característica central los sentimientos de cooperación y solidaridad entre sus miembros.

... como Parsons señaló hace tiempo en su crítica al utilitarismo, una perspectiva analítica que se centra en la acción estratégica-instrumental, no puede proveer una respuesta a la cuestión del origen y de la lógica de la solidaridad del grupo.⁷³

c. La incorporación del conflicto en los estudios sobre la acción colectiva: la teoría de la movilización de recursos

Una pregunta fundamental guía las concepciones dentro de la teoría de la movilización de recursos: por qué se forman los movimientos y las acciones colectivas. La crítica abierta de esta teoría a los enfoques que centran el origen de la acción colectiva en sentimientos de frustración individual y contagio, revela su importancia para un análisis que recupere la racionalidad de los actores. Surgida como propuesta en las décadas de 1960 y 1970 en los Estados Unidos y frente a acontecimientos que mostraron la

⁷³ Cohen, Jean, "Estrategia o identidad. Nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos", *Revista Sociología y Política*, México, Nueva época, número 6, Universidad Iberoamericana, Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, 1995, p. 27.

ineficacia del enfoque mencionado,⁷⁴ el análisis incorpora la estructura de los grupos y la relación entre sus miembros como un elemento fundamental para la movilización. En este sentido, aparecen temas como la solidaridad grupal, la cohesión, los sentimientos de pertenencia a un colectivo, como aspectos que habrá que tener en cuenta en el estudio de las acciones colectivas.

Otro elemento central es la recuperación del conflicto como parte constitutiva de lo social y la incorporación de las relaciones de poder tanto en el interior de los grupos como en su vinculación con el sistema exterior. Los actores son concebidos como agentes del cambio social que plantean sus estrategias desde una concepción racional. Los puntos centrales de esta teoría son, según Jenkins, que

1) las acciones de los movimientos son respuestas racionales, es decir, respuestas de adaptación a los costos y beneficios de las diferentes líneas de acción; 2) las finalidades básicas de los movimientos están definidas por conflictos de intereses integrados en las relaciones institucionalizadas de poder; 3) los agravios generados por dichos conflictos son lo suficientemente ubicuos como para que la formación y la movilización de los movimientos pueda atribuirse a los cambios en los recursos, la organización de grupos y las posibilidades de la acción colectiva; 4) las organizaciones de movimientos centralizados, estructuradas de manera formal, son más características de los movimientos sociales modernos y más efectivas para la movilización de recursos y el planteamiento de retos importantes que las estructuras descentralizadas e informales

⁷⁴ Cabe recordar que las enormes y constantes movilizaciones de estos años tenían objetivos no económicos, es decir, se dirigían a demandar recursos culturales y simbólicos (paz, cuestiones ligadas al ámbito de la ecología, nucleares). "Los movimientos de los sesentas y setentas no fueron respuestas a la crisis económica o a la ruptura. Involucraron objetivos concretos, valores generalmente articulados, intereses y cálculos racionales estratégicos. Ciertamente, se necesitó un nuevo enfoque teórico para el análisis de los movimientos sociales." (Cohen, Jean, *op. cit.*, p. 19.)

de los movimientos; 5) el éxito de los movimientos se determina en gran parte por los factores estratégicos y los procesos políticos donde se encuentran insertos.⁷⁵

Según este enfoque, la movilización es un proceso por el cual un grupo asume colectivamente el control sobre aquellos recursos necesarios para una acción que se orienta hacia el cambio social. Entre los que adoptan esta perspectiva no existen acuerdos sobre cuáles son los recursos significativos; algunos han optado por enumerarlos en términos de los análisis empíricos sobre movimientos concretos. Así, por ejemplo, Tilly menciona la tierra, el trabajo, el capital y la capacidad técnica. Freeman distingue los recursos materiales como el dinero, la infraestructura y las personas que conforman la base fundamental de los movimientos. Una característica de esta teoría es el énfasis que sostiene en la incorporación de recursos externos al propio movimiento como aportaciones de instituciones privadas, de universidades o de grupos comerciales. Es así como los movimientos contemporáneos de fines de la década de 1960, a diferencia de los tradicionales, se caracterizan por ser organizaciones profesionales "con liderazgo de origen externo, personal remunerado de tiempo completo, membresía limitada o nula [...] acciones que son portavoz del grupo descontento pero que no requieren su participación."⁷⁶

c.1. Anthony Oberschall

Inscrito dentro de la corriente de los teóricos del conflicto, Anthony Oberschall presenta una teorización de los movimientos sociales

⁷⁵ Jenkins, Craig, "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales", *Annual Review of Sociology*, California, vol. XXI, núm. 9, 1983, Traducción de Marta Pou, mimeografiado, p. 528.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 535.



que recupera y redefine la problemática del conflicto social. Propone una opción de análisis que privilegia el ámbito de generación de recursos tanto en el grupo como en la organización. El actor racional grupal utiliza un razonamiento estratégico e instrumental movilizandolos recursos para conseguir un objetivo. Ya no son las tensiones estructurales las que ocasionan el descontento social, sino aquello que atenta contra los recursos movilizados por un grupo o una organización. La movilización está en un mercado de recursos; los actores y sus adversarios luchan por el control de los mismos.

La movilización se refiere a los procesos por los que los recursos de cada uno de los miembros del grupo se ceden, se reúnen y se comprometen a fin de alcanzar objetivos comunes y defender los intereses del grupo. Dado que la movilización se ve facilitada o bloqueada por la organización interna y la estructura de la colectividad, la estructura grupal constituye la variable más importante del análisis. El alcance y las formas de cualquier acción colectiva que persiga la consecución de metas colectivas, dependerán de los niveles de movilización y de los repertorios de acción colectiva.⁷⁷

Según Oberschall, una teoría de la movilización basada en el modelo de *rational choice* —cuyo supuesto básico es que los individuos deciden su participación en términos de costo-beneficio— es insuficiente ya que no toma en cuenta, o considera como algo secundario en el análisis, las pasiones de los individuos,

la conciencia de grupo, el atractivo ideológico y el sentido de solidaridad [...] La gratificación psicológica que deriva de participar en un esfuerzo colectivo o de comprometerse personalmente con

⁷⁷ Oberschall, Anthony, *op. cit.*

una causa es algo que debe tener cierto peso en los procesos de reclutamiento y participación.⁷⁸

La sociedad es un mercado en el que individuos con distintos intereses entran en igualdad de posibilidades. Su análisis sobre el conflicto se centra en la interacción entre grupos sociales y las relaciones —siempre conflictivas— que establecen. Así, el conflicto entre grupos es utilizado como sinónimo de conflicto social, a diferencia de algunos autores clásicos para los cuales el énfasis está puesto en el individuo. Desde este enfoque, se intenta explicar cómo se forman los grupos sociales que se movilizan, qué métodos crean y acumulan para generar recursos, para mantenerse unidos y cómo logran espacios dentro del ámbito institucional.

Para que un movimiento de protesta se constituya, no basta con que existan sentimientos comunes de agravio o un objetivo contra el cual movilizarse: tiene que existir una base organizativa mínima y un liderazgo, además de una red de vínculos asociativos o comunitarios preexistentes, es decir, un tejido de relaciones tradicionales que basan la pertenencia a una ciudad, una raza, una familia u otras formas de solidaridad comunitarias o una red de asociaciones secundarias basadas en intereses específicos, ocupacionales, económicos, políticos. “La organización y la racionalidad son las palabras claves de este enfoque.”⁷⁹

c.2. Charles Tilly

Aunque inscrito dentro de la teoría de la movilización de recursos, destacamos particularmente a Charles Tilly por sus aportaciones

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ Cohen, Jean, *op. cit.*, p. 21.

en términos de la relación entre las acciones colectivas y el sistema político y por su concepto "repertorio de acciones". Este autor parte del señalamiento de cuatro fallas persistentes en las explicaciones disponibles sobre la acción colectiva:⁸⁰

- 1) Los modelos explicativos dan cuenta más o menos de por qué, en principio, un grupo de gente que comparte un interés podría actuar conjuntamente, pero la explicación es menos convincente para dar cuenta de por qué un individuo se uniría a la acción colectiva, ya que —en general— fracasan al explicar la conexión entre las decisiones individuales y las colectivas.
- 2) La acción colectiva consiste en una interacción estratégica dentro y entre grupos; sin embargo, los modelos diseñados para explicar el comportamiento de un actor único, pierden de vista que dentro de este actor colectivo hay una variedad de participantes, asignando, sencillamente, una cualidad unitaria al actor.
- 3) La acción colectiva es un fenómeno dinámico y depende del curso de la interacción; generalmente, las explicaciones son estáticas y no analizan el proceso en su riqueza.
- 4) Aunque en principio es deseable tener explicaciones causales sobre la acción colectiva, comúnmente los teóricos carecen de los medios para crear modelos causales dinámicos con una multiplicidad de actores y sus intenciones.

El trabajo de Tilly se propone exclusivamente clarificar algunas instancias concretas donde la relación entre lo individual y lo colectivo es sobresaliente y problemática, examinando una corriente real de acción colectiva más que un modelo teórico fabricado. En este sentido, se pregunta: si asumimos que cualquier decisión co-

⁸⁰ Tilly, Charles, "Models of realities of popular collective action", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno de 1985.

lectiva fluye gracias a una multiplicidad de decisiones, ¿cómo se acumulan miles de decisiones individuales en un gran movimiento social? ¿Se pueden deducir, realmente, las formas de la participación individual del carácter de las acciones colectivas? ¿Podríamos, por ejemplo, tomar las demandas hechas en el grupo como evidencia de los motivos individuales para la inclusión personal? ¿El mismo proceso de movilización cambia los motivos de los individuos?

Para intentar responder a estas interrogantes, Tilly ejemplifica con ciertas tendencias teóricas las fallas al intentar comunicar el nivel individual con el colectivo. Por ejemplo, en muchos casos no hay referencias de cómo y por qué un individuo ignora sus intereses personales tanto en la seguridad como en la minimización de esfuerzos. En cambio, otras explicaciones asumen la existencia de una estructura social que conecta desde siempre a la mayoría de los individuos mediante una comunicación cotidiana y constante. Otra forma errónea de pensar el problema es desde los supuestos teóricos que presentan al actor como una unidad, sin divisiones internas, por lo que prácticamente no se refieren a las relaciones entre los actores y los cambios de éstas, como si el actor y sus relaciones fueran permanentes e inmutables.

Los mismos hábitos teóricos aparecen también en la representación de una protesta social, por ejemplo, de estudiantes o veteranos de guerra: frecuentemente aparece oculto el hecho de que la movilización de los actores es el resultado de un gran esfuerzo para su construcción, mediante negociaciones. Además, las protestas implican no sólo a un actor sino hasta cuatro: los participantes, el objeto de su atención, los espectadores y la base social que aquéllos tratan de representar. Debemos recordar que la interacción no es un accidente en los fenómenos de la acción colectiva, sino una parte esencial que se debe atender junto a la multiplicidad de actores que, de una u otra forma, participan en la interacción.

Frente a las explicaciones estáticas, Tilly utiliza modelos de procesos de comunicación que transforman a un agregado pasivo en un grupo activo, en el marco de la teoría de las micromovilizaciónes. Tal intento, como aclara el autor, no deja de presentar limitaciones. Para subsanarlas, hacen falta construcciones teóricas de interacción estratégica y racional, en las cuales cada parte implicada ofrezca respuestas más o menos calculadas a sus contrapartes, como en la teoría de los juegos. Es decir, modelos que asuman la existencia de un conjunto de actores con un monto específico de información acerca de la identidad, las acciones y los intereses de los otros, y que sean capaces de calcular los costos y beneficios de sus movilizaciónes, siempre tomando en cuenta las respuestas de los otros en contextos dinámicos de interacción. Esta perspectiva no deja de presentar una dificultad enorme al momento de construir modelos de explicación complejos.

Teniendo en cuenta todas estas apuestas teóricas y sus limitaciones, es necesario observar los repertorios de acción, la forma en que cambian los lazos de solidaridad y las identidades durante el curso de la interacción, investigar quiénes son los actores, cómo están organizados, qué relaciones de poder, conflicto y solidaridad mantienen con otros actores, cuáles son sus intereses y estrategias, con quién interactúan, con qué límites y qué resultados.

Los esfuerzos de Tilly retoman análisis históricos sobre las transformaciones en la vida cotidiana referidas a las formas en el trabajo, la vida en los barrios, las migraciones del campo a la ciudad, para mostrar que los repertorios de acción están relacionados con las formas organizativas y asociativas.

El desarrollo a largo plazo involucra el reemplazo de solidaridades comunitarias por asociaciones voluntarias lo cual produce cambios en las formas de acción colectiva [...] las revueltas por el alimento, rebeliones contra los impuestos y el llamamiento a las autoridades paternalistas típicas del repertorio de acciones del siglo dieciocho,

han sido reemplazadas por la manifestación y la huelga, representativas del repertorio del siglo XIX.⁸¹

El enfoque de la movilización de recursos se enlaza con el tema de los repertorios de acción dando como resultado, en la perspectiva de Tilly, la concepción de que en las sociedades modernas se han constituido espacios sociales y políticos autónomos en los cuales surgen grupos que compiten por el poder. La "modernización" de la acción colectiva se produce en una sociedad en la cual el desarrollo destruye los pequeños grupos solidarios y abre un espacio obligado a la participación en la política nacional por medio de asociaciones burocratizadas. Una vez institucionalizada la democracia liberal y, en particular, el sufragio universal en elecciones generales, ampliaron la posibilidad de generación de movimientos que pudieran captar adeptos masivamente. Es así como las formas de la acción se transformaron cambiando también los objetivos. Las grandes manifestaciones se utilizaron como una forma de demostrar el apoyo frente al competidor.

El problema con el esquema de Tilly es la ausencia de la problematización de los sentidos atribuidos a las acciones; podemos decir que en el presente siglo y teniendo en cuenta las características de los movimientos sociales así como el contexto social y político en el que surgen, las acciones colectivas pueden ser las mismas (huelgas, manifestaciones). Sin embargo, el sentido que los actores les atribuyen y el efecto que tienen sobre el sistema político, no deberían ser evaluados de igual forma que los del siglo pasado.

El tema del acceso de los actores al sistema político es central en este enfoque; es por esto que Tilly plantea que el éxito de una movilización puede ser medido cuando el grupo es reconocido como

⁸¹ Cohen, Jean, *op. cit.*, p. 29.

un actor político. Por esta razón, los actores orientan su acción estratégicamente a incidir sobre dicho sistema o a integrarse en él.

El acceso a las relaciones políticas incrementa en forma cualitativa los beneficios de la acción colectiva y protege al movimiento contra la represión. Un ejemplo claro son las huelgas en Inglaterra a comienzos de este siglo. Una vez que la clase trabajadora obtuvo el derecho electoral en 1918, el Partido Laborista logró una representación parlamentaria y se hizo lo bastante fuerte como para participar en varias coaliciones de gobierno. El porcentaje de éxito de las huelgas aumentó espectacularmente y la relación de recursos invertidos (horas huelga por hombre) y beneficios obtenidos disminuyó radicalmente.⁸²

Las condiciones que permiten el acceso político dependen en gran parte de los cálculos que los miembros del gobierno realizan en función de la conveniencia de formar coaliciones con los que intentan su entrada en el sistema político. Si los miembros del gobierno se encuentran en una situación de debilidad porque están divididos, porque han roto alianzas con otros sectores o porque se han quedado sin recursos, es más probable que propicien el acceso de un movimiento. De esta forma, finalmente, el esquema de Tilly, aunque se inscribe en la perspectiva de la movilización de recursos, termina definiendo la acción como un esfuerzo de un grupo con intereses compartidos por ser reconocidos políticamente dentro del sistema institucional.

En un trabajo en el que estudian el conjunto de huelgas en Francia desde 1830 hasta 1968, Tilly y Shorter⁸³ no vacilan en decir que las causas se pueden encontrar más allá del ámbito economi-

⁸² Jenkins, C., *op. cit.*, p. 550.

⁸³ Shorter, Edward y Tilly, Charles, *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Gran Bretaña, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, 1985.

co, es decir, en el de la acción política. La huelga resulta ser un instrumento de acción política de la clase obrera ya que está destinada a influir más en los gobernantes que en la clase empresarial. Por distintas vías, la huelga se convierte en un proceso político: demandando y obligando al propio gobierno a intervenir en el conflicto; influyendo en la opinión pública; presionando los centros políticos de poder con amenazas de huelgas masivas, etc. Dichas acciones colectivas tienen la función de

abrir de par en par las puertas de la vida política nacional a un contendiente que hasta entonces se había visto excluido de ella [...] Así, surgen grandes concentraciones de huelgas y disturbios cuando las clases trabajadoras en su conjunto toman conciencia de que un aspecto de importancia vital para sus propios intereses está en juego en la vida política nacional y cuando el entramado de organización es suficiente para transformar estas percepciones individuales de las oportunidades en acción colectiva.⁸⁴

Las grandes movilizaciones huelguísticas francesas son entendidas por los autores, pues, como un “despliegue público y simbólico de fuerza”. En este sentido, las huelgas eran de corta duración porque la reivindicación era simbólica y no económica; tenían un bajo nivel de participación porque, al tener objetivos políticos, muchos se sentían excluidos o no simpatizaban con los mismos.

Sin embargo y al mismo tiempo, quedaban incluidas en la huelga muchas fábricas y establecimientos industriales porque existían redes de interacción entre los trabajadores, lo cual permitía movilizarlos al mismo tiempo y

porque todos los involucrados comprendían que la eficacia de la demostración de fuerza dependía de que se consiguiera movilizar

⁸⁴ *Ibid.*, p. 489.

el mayor número posible de trabajadores; finalmente, el empresario mismo se negaba a entablar conversaciones porque era remiso a conferir legitimidad a lo que, después de todo, no era más que un movimiento político de insurrección.⁸⁵

En conclusión, Shorter y Tilly sugieren que en la acción colectiva huelguística del último siglo y medio en Francia, están presentes un conjunto de aspectos interrelacionados: la estructura industrial misma, las bases sobre las cuales está organizada la vida de los trabajadores y la participación de éstos en el ámbito político. Asimismo plantean que en cualquier proceso de modernización, los nuevos estratos sociales que surgen del mismo tarde o temprano tendrán como exigencia la participación en la política nacional mientras que los que detentan el poder lucharán por no perderlo.

c. 3. ¿Qué discutir? ¿Qué recuperar?

Retomando los enfoques desarrollados en los apartados anteriores, cabe destacar un conjunto de aspectos relevantes para la discusión así como para su recuperación en el análisis de movimientos sociales y acciones colectivas organizadas.

El primer aspecto alrededor del cual se organizan las críticas y propuestas es la distinción entre movimiento social y acción colectiva; la teoría de los nuevos movimientos sociales muestra a un sujeto transformador que produce a la sociedad desde la sociedad misma. Para ser tal, un actor colectivo deberá cumplir con una serie de requisitos bien formulados por Touraine entre los que destacan: la no pertenencia de los actores a una clase social determinada; el movimiento es la expresión de un conflicto central en las

sociedades contemporáneas; los movimientos más importantes son los globales, es decir, los que se forman en el marco de los conflictos sociales fundamentales. Los que no cumplan con estas condiciones serán considerados como acciones, conductas, luchas o comportamientos colectivos. Por esta razón, Melucci dirá que la teoría constituyó a los movimientos en personajes —al estilo de una representación teatral— en la cual éstos tienen un papel asignado previamente. En general, el movimiento es heroico, noble y tiene por delante una enorme tarea: la transformación de la sociedad y del orden establecido por otro más justo e igualitario.

Un segundo elemento es la idea de una cierta homogeneidad en los movimientos sociales respecto de sus actores, fines, objetivos e intereses, imitando la supuesta característica unitaria de los movimientos clásicos (campesinos, obreros, estudiantiles). Junto con esta idea está la de un actor colectivo unificado, en el cual los conflictos internos, las relaciones de poder, aunque están presentes, no son aspectos fundamentales a ser estudiados.

Un tercer elemento es la diferenciación por un lado, entre los movimientos cuya finalidad es el cambio social y, por el otro, la acción colectiva que no siempre se dirige hacia éste y, sin embargo, está orientada a las transformaciones en la vida cotidiana de los actores y soportada por estructuras reticulares. Es por esto que en vez de suponer una unidad predeterminada y un fin histórico esencial, el análisis de las acciones colectivas debe orientarse hacia aquellos aspectos mediante los cuales se construye la unidad de la acción.

Otro punto importante es que no siempre el actor colectivo está ligado al ámbito del sistema político aun cuando se dirija hacia él para obtener sus demandas; sin embargo, un elemento central para los actores es ser reconocidos como interlocutores legítimos por parte del sistema político y sus actores (Offe, Tilly) lo cual les permite la interacción en este espacio.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 488.

Por otra parte, podemos decir que la acción colectiva influye en el espacio de lo público mediante un repertorio de acciones; éstas son decididas en función de la capacidad que en ese momento tenga el grupo de movilizarse y de la situación, el contexto externo. Pero —como señala Melucci— no se movilizan permanentemente, lo cual no implica que cuando no se hacen visibles han desaparecido. Más bien, son los momentos de “invisibilidad” los que permiten —en un proceso— la expresión, que normalmente es interpretada como la existencia del actor, olvidando el momento de latencia o invisibilidad.

Dentro del debate acción colectiva-movimientos sociales, los enfoques ligados a la racionalidad instrumental —que plantean que la participación en acciones colectivas se decide en términos de costo-beneficio— no tienen en cuenta el tema de la solidaridad ni de los beneficios que el actor obtiene por el solo hecho de pertenecer a un grupo. Asimismo, la relación entre los miembros de un grupo es fundamental para el análisis de la acción y deberá ser considerada como un recurso que los actores colectivos poseen o no para la movilización.

Si bien los intereses comunes que los grupos tienen son una parte importante de las motivaciones para la acción, éstas también incluyen sentimientos de agravio moral y de injusticia (*cf.* Barrington Moore) frente a la carencia de un recurso, sea éste material o simbólico; estas motivaciones deben inscribirse dentro de una estructura organizativa —aun cuando ésta sea mínima— y un liderazgo para que la acción sea posible, además de una estructura asociativa basada en redes comunitarias, vecinales (Oberschall) o bien de intereses específicos. Es por esto que mientras más cercanas sean las reivindicaciones a las necesidades de los grupos sociales, más se obtendrá una participación mayoritaria, ya que las demandas políticas, aunque son más globales, al mismo tiempo son más excluyentes en el ámbito de la participación, ya que no todos se sienten implicados en ellas.

Otro aspecto que será ampliamente discutido en el capítulo II, es la relación entre movimientos sociales y partidos políticos; sólo interesa destacar que, frente a la crisis de legitimidad de estos últimos (Offe), la participación es cada vez mayor en los movimientos porque se presentan como una opción para la representación de demandas sociopolíticas.

El tema de la organización aparece como fundamental en los análisis sobre la acción colectiva; representa el espacio concreto del movimiento (Alberoni) y mediante la cual el proyecto se convierte en realidad. Sin embargo, movimiento y organización no deben ser confundidos ni teórica ni empíricamente.

Teniendo en cuenta estos elementos, se puede decir que las movilizaciones sociales urbanas en las que se ha enfatizado en esta investigación, no constituyen por sí mismas y aisladas del conjunto de acciones producidas en la sociedad, un movimiento social en la forma en que Touraine lo plantea. Es decir, recupero de su propuesta la idea de centrar el análisis en los actores y no en el sistema, sin perder de vista que aquéllos desarrollan sus prácticas y se constituyen dentro y frente a un sistema de dominación. Más que un movimiento social, estas movilizaciones son acciones colectivas organizadas —luchas sociales en términos de Touraine— en las cuales el conflicto principal no está orientado hacia la transformación de recursos culturales —“producción, conocimiento, reglas éticas”— sino, en parte, hacia el cambio de los mecanismos de toma de decisiones de la sociedad, es decir, hacia el sistema político institucional. Para Touraine, se trataría de un actor político ya que su campo de conflicto es el ámbito de las decisiones.

Sin embargo, ese actor colectivo constituye su identidad y a su adversario desde lo social, produce transformaciones y propuestas desde lo social e influye en el sistema político desde lo social. No puede ser definido como un actor político porque su única meta no es incidir en la toma de decisiones sino producir la organización de importantes sectores excluidos desde el propio sistema de do-

minación, abrir los espacios de participación mediante su movilización, poner en la mesa de discusión los problemas de esos sectores que, si bien comienzan siendo necesidades inmediatas, se van ampliando hasta incluir temas que afectan también a otros actores, como la procuración de justicia, los derechos humanos, los problemas del medio ambiente, la democracia, etcétera. Esta capacidad de los actores colectivos de hacerse visibles, de influir en el ámbito público, significa la posibilidad de transformar lo que puede parecer una cuestión particular de un grupo en un problema que concierne a la sociedad en tanto tal. Es por esto que mi propuesta de análisis es más cercana a la de Melucci en los siguientes términos:

- 1) la acción colectiva en las sociedades contemporáneas no corresponde a la imagen de un actor unificado, homogéneo, que posee la capacidad de transformar el orden social;
- 2) lo que se puede observar son acciones que surgen y desaparecen desarrolladas por diferentes actores que combinan múltiples formas de actuar y que pueden tener objetivos diversos aun cuando participen conjuntamente.
- 3) la presencia de los participantes en las acciones colectivas no es permanente; más aún, esta participación es sólo una parte de la experiencia de vida global.
- 4) aunque lo observable sean los momentos de expresión pública —de visibilidad, como lo llama Melucci—, los actores colectivos siguen existiendo aunque no estén presentes públicamente, es decir, es el momento de latencia durante el cual se construyen relaciones, se tejen redes y relaciones en la vida cotidiana, se crean valores como la solidaridad, el respeto, el servicio, etcétera.

Por estas razones, más que analizar la presencia de un actor unificado, es necesario —a mi juicio— explicar cómo se constitu-

yó ese actor organizado, es decir, comprender mediante qué mecanismos consigue su presencia visible, logra actuar y conformar su identidad, para lo cual considero importante retomar, como un primer acercamiento, la idea de motivaciones para la acción. Ésta permite analizar —desde el nivel individual al colectivo— cuál es el impulso para la participación en un grupo; qué beneficios se obtienen y cuáles son los costos de la misma. En estos términos, recupero en parte las aportaciones de Smelser sobre las creencias que redefinen la acción, las de Olson, basadas en la idea de que los intereses son los que producen la organización y que la acción está regida por un sistema de costo-beneficio mediante el cual se establece un conjunto de premios a los que participan y castigos a los que se abstienen de hacerlo. Asimismo, la propuesta de Barrington Moore es fundamental porque incorpora el tema de la violación de derechos, considerados fundamentales por los actores como un motor para la acción. El sentimiento de injusticia y de agravio moral producido por estas violaciones plantea dudas hacia la legitimidad de un orden social y puede llegar a provocar alguna forma de acción organizada para oponerse a la autoridad. Estas problemáticas son analizadas en el capítulo IV en relación con las organizaciones sociales investigadas.